

DESDE **10** AÑOS

# El chupacabras de Pirque

PePe Pelayo / Betán

Ilustraciones de Alex Pelayo

En Pirque están ocurriendo extrañas muertes de perros, gallinas y pavos, entre otros animales. Y Ricky, un fanático del baloncesto y de las bromas, decide descubrir al asesino. Pero, ¿será ese asesino el Chupacabras?

[www.pepepelayo.com](http://www.pepepelayo.com)

ALFAGUARA  
  
INFANTIL

ALFAGUARA

ALFAGUARA INFANTIL

# El chupacabras de Pirque

PePe Pelayo / Betán

Ilustraciones de Alex Pelayo



El chupacabras de Pirque PePe Pelayo / Betán



ALFAGUARA



© 2003 Autor: Pepe Pelayo / Betán

© De las ilustraciones: Alex Pelayo

© De esta edición:

2003, **Aguilar Chilena de Ediciones S.A.**

Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia

Santiago de Chile

- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**  
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**  
Avda. Universidad, 767. Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**  
Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana S.A.**  
Avda. San Felipe 731, Jesús María 11, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**  
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Santillana S.A.**  
C/ Río de Janciro, 1218 esquina Frutos pane Asunción, Paraguay.
- **Santillana de Ediciones S.A.**  
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez  
y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.

ISBN: 956-239-280-5

Inscripción: 135.966

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: noviembre de 2003

Cuarta edición: octubre de 2005

Diseño de la colección:

Manuel Estrada

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

# El chupacabras de Pirque

PePe Pelayo / Betán

Ilustraciones de Alex Pelayo

ALFAGUARA



El hombre corría desesperadamente por un oscuro túnel. De repente, se detuvo y miró hacia atrás. Sólo vio los brillantes ojos de aquel monstruoso animal que se acercaba con rapidez. Intentó continuar con la huida, pero la extraña atracción que le provocaba aquella maligna mirada hizo que sus piernas no le respondieran. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. El animal había saltado sobre él y estaba a punto de ensartarlo con sus garras y clavarle sus largos y afilados colmillos. Quiso gritar, pero no salió ningún sonido de su garganta. Sintió unos pequeños, pero agudos, dolores en el pecho. Estaba aterrado. Había llegado su final.

Edmundo Sovino abrió los ojos y, mientras controlaba su agitada respiración, fue tomando conciencia de su pesadilla.

Sin embargo, los entrecortados dolorcillos en el pecho continuaban. «Algo raro

me sucedió», pensó. Entonces, estiró el brazo y encendió la lámpara de la mesita de noche. Así pudo descubrir a Misubicha, su gata siamesa, que subida en la cama y con aspecto asustado, le arañaba el pecho con sus uñas.

—¿Qué le pasó a mi gatita? ¿Tuvo una pesadilla como su dueño? —le susurró Edmundo, acariciándola con ternura.

El hombre miró el reloj despertador y observó que eran las cinco y cuarenta y cinco de la mañana. Puso al animal en el suelo y fue hacia la cocina a tomar un vaso de agua, para olvidarse del mal sueño. Lo hizo en puntillas de pie, para no despertar a su mujer y a sus hijos. De pronto, al pasar por el comedor, pisó una patineta que los niños no habían recogido la noche anterior. Perdió el equilibrio y saltando hacia atrás, en un pie, trató de recuperarlo. Hizo un intento de agarrarse a la mesa grande, pero sólo pudo asir el mantel tejido que arrastró con él. Eso hizo que cayera el centro de mesa de bronce con varios duraznos, peras y manzanas plásticas, que rodaron por toda la casa. Y, para más desgracia, Misubicha, que continuaba asustada al lado de su dueño, fue cubierta por el blanco mantel al caer. Entonces, con histéricos maullidos, la improvisada fantasma

comenzó a correr y a tropezar con todos los muebles de la casa, rompiendo varios adornos. Al mismo tiempo, Edmundo terminó por caer sentado contra el aparador de madera tallada. El mueble se tambaleó con fuerza, y se derribaron un frasco de harina de trigo y otro de mermelada de frambuesa, que estaban colocados encima. Los recipientes se abrieron y sus contenidos fueron a parar a la cabeza calva de Edmundo que, medio aturdido, no podía entender por qué pasaba todo eso.

Por supuesto, la bulla del incidente despertó a toda la familia. Nena, su esposa y sus hijos, Cristóbal y Daniel, corrieron alarmados hasta el comedor y encendieron la luz. Pero, al percatarse de la situación y ver el aspecto de Edmundo, con su máscara blanca y roja proveniente de su calva, comenzaron a reír a carcajadas.

Las risas duraron un buen rato, porque, mientras limpiaban y ordenaban todo, hacían comentarios, recordaban y volvía a producirse la hilaridad.

Al final, cuando regresaban a sus camas, Edmundo se dio cuenta de algo insólito:

—¡Esperen! ¿Se dieron cuenta que Kaiser y Sissi no han ladrado en ningún momento?

— ¡Qué raro! —confirmó Nena—. Por menos alboroto del que armaste, sus ladridos ya hubieran despertado a todos los vecinos en tres kilómetros a la redonda.

—¿Se los habrán robado? —preguntaron los niños.

—Sí, es muy extraño —concluyó Edmundo—. Voy a averiguar.

Se puso un abrigo porque, aunque era verano, las madrugadas solían ser muy frías. Después buscó la linterna y salió.

La gata, al abrirse la puerta, se deslizó temblorosa hacia el dormitorio. Ella era la única que sabía lo ocurrido. Los demás, estaban lejos de sospecharlo.

Los Sovino vivían en Pirque, una hermosa comuna rural a una hora del centro de Santiago. Es una zona casi triangular, limitada por cerros de mediana altura, a los pies de la cordillera y el río Maipo. Antes de que la capital creciera hasta esa zona, era sólo un conjunto de grandes fundos. Después, sus dueños fueron dividiendo sus tierras en parcelas y las pusieron a la venta. Cuando Edmundo quiso alejarse del ruido y el esmog de la ciudad, recorrió casi todo Pirque buscando una parcela bonita y amplia. Entró por la avenida Vicuña Mackenna, una de las

arterias más largas de Santiago, dejó atrás Puente Alto, y llegó al llamado centro de Pirque. Vio el Colegio Colonial, que consideró excelente para sus hijos, la iglesia, el correo, el kiosko «Donde Malvina» y las tiendas de los artesanos. Cada vez fue enamorándose más de lo pintoresco del lugar. Dobló hacia su izquierda, más adelante, giró a la derecha, por Santa Rita. Comenzó, entonces, a observar las parcelas. A mano derecha, viró por el camino La Esperanza, donde encontró dos que estaban a la venta. Se decidió por la más grande, de unos cuarenta mil metros cuadrados, que tenía muchos árboles como almendros, sauces llorones y nogales.

Precisamente, entre el nogal más viejo y una enorme piedra, él y sus hijos les habían construido sus casitas a Kaiser y Sissi, sus pastores alemanes.

Edmundo llegó hasta allí, miró dentro de las casitas y, poco a poco, fue recorriendo con la luz de la linterna toda la zona. De repente, a un costado de la piedra grande los encontró. Dio un respingo y el corazón se le apretó. Ambos perros yacían muertos. Con mucha angustia, se acercó y pudo comprobar que Kaiser tenía la parte posterior toda desgarrada, incluso le faltaba una pata, y Sissi

presenta' a las mismas heridas, pero en el lomo.

—¿Quién pudo hacer semejante barbaridad? —balbuceó con tristeza—. ¡Pobrecitos!

Enseguida pensó en sus hijos y en cómo se pondrían. Por eso decidió enterrar a los perros rápidamente, para evitarles el dolor de verlos así. Pero se contuvo. ¿No era mejor dejar la escena del crimen intacta y llamar a los carabineros? «Quizás encuentren mañana mismo al animal o a la persona que hizo esto y eviten que lo haga de nuevo», se dijo.

Dicho y hecho. Regresó corriendo a la casa y llamó a Emergencias, al 133.

Lo que nunca se imaginó fue que aquello sólo era el principio.

Detrás de la cortina de la ventana de su pieza, en el segundo piso, estaba el niño, acechando la llegada de Dante. Ricky se había puesto de acuerdo con su abuelo para hacerle una broma a su primo, que aún no sabía de su presencia.

La abuela estaba acostumbrada a esas jugarretas. Para ella, Ricardo (nunca ha podido decirle Ricky) heredó el sentido del humor y su gusto por las bromas de su esposo. Y como eran sanas y nadie salía dañado, las permitía y pasaban un buen rato.

La fama de bromista de Ricky iba más allá del colegio y el barrio. Era un niño muy despierto y creativo. Quizás podía mejorar su rendimiento en clase; pero, tampoco era un mal alumno, ni mucho menos. Sus dos pasiones eran los libros (los de aventuras, los fantásticos y los policíacos) y el baloncesto. Lamentablemente, no tenía una gran estatura.

Incluso, podría decir que era bajo para sus once años, pero su técnica, velocidad con el balón y puntería eran envidiadas por todos. Para él, la NBA era lo máximo y su ídolo era Jason Kidd. Por eso, se había cortado al rape su pelo negro y nunca se quitaba la camiseta blanca de ribetes azules, con el número 5 del estrella base armador de los Nets. Sus dos grandes sueños eran convertirse en detective, o algo así, y llegar a jugar en el equipo nacional de Chile o en el de Cuba. Porque, al ser hijo de un chileno y una cubana, su corazón estaba dividido entre ambos países.

Fuera de sus estudios y el deporte, Ricardo Fuenzalida Sotolongo, más conocido por Ricky, ocupaba el resto de su tiempo en preparar bromas, por lo mucho que le gustaban y divertían.

Sólo hacía un par de horas que lo habían dejado allí. Él insistió en pasar sus vacaciones en Pirque, incluso rechazando el viaje de descanso a las Torres del Paine, que organizaron sus padres. Le encantaba el lugar y la compañía de su familia, por parte del padre: la dulce abuela, el pícaro abuelo y el buenazo de su primo.

Dante era un joven de veinticinco años, alto, muy fuerte y con preparación en

defensa personal y artes marciales. Ese año había comenzado a trabajar en una empresa de seguridad como guardia de un importante banco en Santiago; pero, el empleo le duró poco, debido a su inocente y noble personalidad. Un día, a punto de cerrar el banco, se apareció una viejita en silla de ruedas, rogando que la dejaran pasar a cobrar un cheque. Dante se conmovió y le permitió la entrada. Una vez adentro, la viejita se paró y sacando una pistola, gritó: «¡Esto es un asalto!». Era un conocido delincuente. Y como Dante nunca se percató del abultado bigote de la viejita, lo echaron al otro día. Por suerte, enseguida encontró trabajo como cartero en la Municipalidad de Pirque. Y ahora se la pasaba llevándole la correspondencia en bicicleta a todos los vecinos de su misma zona.

Para Ricky, su primo era la víctima ideal de sus bromas y ahora, una vez más, lo iba a demostrar.

Dante no hizo más que saludar con un beso a sus abuelos al entrar, cuando sonó el teléfono. Ricky, escondido en su dormitorio, le llamaba desde el aparato celular que le habían dejado sus padres.

—¿Aló? —contestó Dante.



—¿Quién está al aparato? —preguntó Ricky cambiando la voz.

—Yo. Dante Fuenzalida.

—En este momento no está en casa.

—¿Quién no está en casa? —dijo el joven sin entender.

—Dante Fuenzalida —respondió Ricky, haciendo un esfuerzo para no soltar la risa.

—¡Pero Dante Fuenzalida soy yo!

—Disculpe, señor, pero Dante Fuenzalida acaba de salir. ¿Quiere que le llame cuando regrese?

—¡Escuche, tonto! —gritó Dante, ya enojado—. ¡Yo no he llamado a ningún Dante Fuenzalida! ¡Yo soy Dante Fuenzalida! ¡Y usted me ha llamado a mí!

—Mire —continuó Ricky, a duras penas—. Si quiere me deja su número de teléfono y yo le digo que lo llame de vuelta. Él estará aquí en un rato más. Sólo fue al baño. Me dijo unos minutos, pero usted sabe cómo es él, dice eso, pero después se pone a leer...

—¡Oiga! ¡Qué sé yo de...!

—¿Cómo me dijo que se llamaba usted? —preguntó en voz alta Ricky, bajando hasta el living y llegando al lado de su primo.

Al darse cuenta del engaño y al ver las



carcajnd: de Ricky y los abuelos, Dante comenzó a perseguir a su primo por toda la parcela. Al fin pudo alcanzarlo cerca del quincho y la piscina. Pero en vez de hacerle daño y vengarse, sólo lo abrazó, haciéndolo rodar por el pasto.

Ya recuperado el aliento y pasadas las risas, se pusieron a conversar.

—¿Cómo te va en el trabajo, primo?  
—quiso saber Ricky.

—Ahí, más o menos. Mira, lo mejor es que me mantengo en forma con el ejercicio de la bicicleta y voy haciendo amistades con los vecinos.

—¿Pero no es muy aburrido?

—Bueno, a veces —respondió Dante, moviendo la cabeza—. Otros días no. Mira, hoy mismo me entretuve mucho con el cuento de los Sovino.

—¿Qué pasó?

—Que aparecieron muertos sus dos pastores alemanes de forma muy extraña. Llamaron a los carabineros, éstos llegaron, revisaron todo y no encontraron nada.

—Pero van a seguir investigando, ¿no? —dijo el niño muy interesado.

—Mira, la verdad es que yo hablé después con el carabinero que los visitó y me

dijo que no tenían tiempo para eso, porque era muy poca la dotación de personal para cubrir los municipios de Puente Alto y Pirque. Ellos están muy ocupados con casos más importantes de delincuencia mayor, ¿entiendes?

—Sí, pero no es justo que la cosa se quede así, ¿no es cierto? —comentó Ricky, parándose y dando paseítos.

—Bueno, a veces las cosas son así...

—Oye, ¿y si nos ponemos a investigar nosotros?

—¿Qué? —se sorprendió Dante—. ¿Nosotros? Pero si...

—¿Qué pasa, grandulón? ¿Tienes miedo?

—¡Yo no le tengo miedo a nada! —saltó el joven—. Pero... eso puede ser muy peligroso.

—¿Por qué? —insistió Ricky.

—Es que... ¡Oye, primo, ahí hay algo raro! No es tan sencillo el cuento como parece. Hoy mismo pasé por casa de Melisa, la mujer que dicen que es bruja, porque lo adivina todo, y me contó que ella estaba segura de que el que mató a los perros era el Chupacabras.

—¿Qué? ¿El Chupacabras? —exclamó Ricky, en tono burlón—. ¿Y tú crees en eso?

— Bueno, en la vida hay cosas que uno no sabe...

— No seas tonto, primo. Esas son supersticiones del campo. Mira, ahora más que nunca debemos hacerlo. Y nadie lo tiene que saber —afirmó el chiquillo—. Además, piensa, si tenemos éxito y atrapamos al asesino, tú vas a agarrar fama, todos te van a admirar.... ¿Eh? ¿Qué me dices?

— ¿Tú crees...?

— ¡Claro! ¡Ya está decidido! Mañana mismo me voy contigo en la bicicleta para inspeccionarlo todo.

— Bueno...

— Oye, ¿tú no eres Dante Fuenzalida? Creo que te llaman por teléfono.

Y, diciendo eso, Ricky corrió hacia la casa perseguido por su primo. Y llegaron a buena hora, porque unos exquisitos porotos granados, el plato favorito del muchacho, ya estaban servidos.

Dante sintió un golpe sobre su pecho y pensó que estaba perdido. Quiso zafarse del abrazo que lo atenazaba, pero no pudo. Hizo el intento de pedir auxilio y el grito se le atragantó en la garganta. Desde que se acostara la noche anterior no hizo más que pensar en lo sucedido a los perros de la familia Sovino y lo que le dijera Melisa sobre el Chupacabras. Y, sin saber por qué ni tener ninguna razón convincente, tuvo la certidumbre de que podría ser atacado por la bestia que nadie había visto y de cuya existencia no había pruebas. ¿Era eso lo que estaba pasando? Un nuevo intento por gritar y esta vez sus cuerdas vocales le respondieron, pero con poca claridad:

— ¡Auxilio, el Chupacabras!

— ¿Qué cosa, Dante? ¡Soy yo, Ricky!

Dante abrió los ojos y se encontró a su primo sentado a horcajadas sobre su pecho, al mismo tiempo que su risa cristalina

hizo el mismo efecto que la alarma del despertador.

—¡Jesús, María y José! ¡Qué susto me diste!

—¿Quién creías que era?

—No... nadie... —se turbó porque no quiso que Ricky supiera lo que había imaginado, a sabiendas de que, si se lo decía, iba a ser el blanco de sus bromas todo el día. Al fin, disimulando su confusión inicial, le preguntó: —¿Qué haces levantado tan temprano?

—¿No quedamos en que hoy temprano íbamos a inspeccionar el lugar, donde aparecieron muertos los perros de la familia Sovino?

—Sí, en eso quedamos.

—¡Y qué esperas entonces! —exclamó Ricky y dio un salto afuera de la cama para que su primo pudiera levantarse.

Un rato más tarde rodaban en la bicicleta por el camino La Esperanza, en dirección a la casa de los Sovino. Dante pedaleaba vigorosamente, en tanto Ricky, sentado en la parrilla trasera, disfrutaba del paisaje rural a esa hora tan temprana. El sol se filtraba entre el follaje de los almendros, los sauces llorones y los plátanos orientales, en cuyas ramas los pajarillos se encargaban de darle la bienveni-

da a la mañana con sus captos.

Observando las anchas espaldas de su primo y la potencia de sus piernas al accionar los pedales, a Ricky se le antojó que, de proponérselo, pudiera haber sido un pivot estrella de la NBA, a la altura de Shaquille O'Neal o cualquiera de los grandes que en la historia del baloncesto mundial han ocupado esa posición. Pero, a Dante sólo le interesaban las artes marciales y los deporte de combate. Además, para jugar al baloncesto no basta con tener un buen físico. Hace falta también agilidad de pensamiento y ese era un atributo que al ingenuo de Dante le faltaba.

Por eso a Ricky no le extrañaba que el grandulón y buenazo de su primo creyera en cualquier cosa que le contaran, como esa historia que el día anterior le hiciera esa tal Melisa. Aun así le preguntó:

—¿De verdad, crees en eso del Chupacabras, primo?

—Uno nunca sabe...

—¿Acaso alguien ha visto alguno por aquí?

—No, nadie ha visto ninguno. Pero eso tampoco quiere decir que no exista.

—Dante, ¿no te parece que estás muy crecido para que te dejes...?

Pero no pudo terminar la frase, porque ya estaban en la parcela de los Sovino y el primo se lo avisó:

—Es aquí.

Se bajaron de la bicicleta frente a la casa y Dante la recostó contra una de las columnas de la entrada. Luego tocó el timbre de la puerta y se oyó una pequeña melodía de campanitas. Dante, durante la espera, se puso a contemplar el paisaje de espaldas a la puerta, lo que aprovechó Ricky para tocar el timbre por segunda vez.

—¿Volviste a tocar? —saltó Dante, girando hacia su primo.

—Claro que no.

—¿Y entonces quién fue?

—Ah, no sé —respondió el niño encogiéndose de hombros. Y, señalando al cielo, preguntó—. ¿Eso es un cóndor?

—¿Dónde? —quiso saber el joven, mirando hacia arriba y poniéndose una mano en la frente para evitar el sol.

—Allá, por aquel cerro...

Y mientras Dante buscaba con la vista, Ricky deslizó su brazo por detrás de él y volvió a tocar el timbre.

—¡Tocaste otra vez!

—¡No fui yo, Dante! —se defendió

el niño, retirando su brazo con rapidez—. Ese debe ser el nuevo timbre que salió al mercado. Yo lo he visto en Santiago. Tú tocas una vez y está media hora sonando...

En ese momento abrió la puerta Edmundo Sovino, con cara de pocos amigos.

—¿Cuál es el apuro? —preguntó, algo enojado.

—¡Ay, perdone usted, don Edmundo! —Dante comprendió la broma de su primo e intentó dar un paso adelante para disculparse. Pero lo que hizo fue tropezar, perder el equilibrio e irse de cabeza contra el abdomen de Edmundo, quien también perdió el balance. Ambos cayeron abrazados en el interior de la casa. Ricky lloraba en silencio de risa.

—¡Qué vergüenza, don Edmundo, no sé qué decirle! —el pobre cartero estaba cada vez más confundido.

—Mientras lo piensas, hazme el favor de quitarte de encima mío —respondió el hombre con resignación.

Cuando al fin ambos consiguieron ponerse de pie, el dueño de casa se sacudió y alisó sus ropas antes de preguntar:

—¿Qué te trae por aquí con tanto escándalo? ¿Vienes a traerme alguna carta con urgencia?

—No, don Edmundo —dijo Dante todavía ruborizado— es que mi primo Ricky y yo quisimos venir a ver el lugar donde aparecieron muertos Kaiser y Sissi.

—¿Para qué?

—Bueno, a lo mejor encontramos alguna pista...

—¿Pista? ¿Para qué?

—Para tratar de descubrir quién lo hizo.

—No hace falta, ya se sabe quién mató a mis perros.

—¿Ah, sí? —intervino Ricky, que hasta ese momento se había mantenido como observador, disimulando su risa—. ¿Quién fue?

—Barrabás.

—¿Barrabás? —el muchacho arrugó el entrecejo— ¿Quién es Barrabás? ¿Otra historia absurda, como la del Chupacabras?

—No —sonrió por primera vez Sovino— Barrabás es el león de un circo local que se escapó hace dos días, pero que no lo divulgaron para no asustar a la población. Bueno, hasta que mató a mis perros y ahora están dando la alerta por la radio, la televisión y los diarios, con el fin de que la gente tenga cuidado.

Desde muy temprano esa mañana, los medios de difusión habían estado alertando a los habitantes de Pirque y Puente Alto sobre la fuga de un león del circo local.

Según esas informaciones, el circo estaba pasando por una aguda crisis económica y no tenía con qué alimentar a la fiera desde hacía tres días. Así que, seguramente, ese fue el motivo que tuvo Barrabás para decidirse a buscar su sustento por medios propios e irse a pedir trabajo a otro circo más solvente, o a un zoológico, donde tuviera su comida asegurada, como comentaban jocosamente los bromistas del pueblo.

La fuga se produjo cuando su domador le llevó un cubo con agua, lo único que podía brindarle, y ni se preocupó de pasarle el cerrojo a la jaula al ver a Barrabás tan débil y manso como un corderito.

A pesar de que todo parecía indicar

que las muertes de los perros de la familia Sovino habían sido ocasionadas por la fiera escapada, Ricky insistió en que Edmundo le mostrara el sitio exacto donde había encontrado los cuerpos de Kaiser y Sissi. Y, fue tanta su insistencia, que el calvo propietario no tuvo más remedio que complacerlo. Aunque sólo fuera por quitarse de encima la presión del muchacho («hombre a hombre y en todo el terreno», como se dice en baloncesto).

Un rato más tarde, cuando regresaban en la bicicleta, Dante se volvió hacia su primo y le preguntó:

—¿Ya estás convencido de que fue ese león escapado el que mató a los perros de los Sovino?

—¡No! —respondió Ricky, muy seguro de sí.

—¿Que no! —Dante se sorprendió tanto por la inesperada respuesta, que dio un frenazo y ambos cayeron al suelo.

—¡Oye, que me vas a matar! —protestó el muchacho incorporándose.

—¡Tú eres el que me va a matar a mí, Ricky! ¿En qué estás ahora?

—Que no fue ese león escapado el que mató a los pastores alemanes, Dante.

—¡Tu estás loco, primito! ¿Cómo puedes afirmar eso con tanta seguridad?

—Porque ni en el sitio donde el señor Edmundo encontró a sus perros muertos ni en los alrededores hay rastros de que haya estado ese león.

—¿Rastros? ¿De qué hablas, Ricky?

—De huellas, Dante, de huellas. Allí la tierra está suelta, se ven las huellas de las patas de los perros y las de las botas del señor Edmundo, pero ninguna de patas de león. A no ser que...

—¿En qué está pensando ahora el cachorro de detective? ¿A no ser qué, Ricky?

—Decía que a no ser que el león Barrabás usara zapatos deportivos...

—¿Huellas de león con zapatillas? ¡Oye, ahora sí estás loco de remate! —Dante lo consideró un caso perdido—. ¡Dale, móntate en la bicicleta para dejarte cerca de la casa, que yo tengo que irme a repartir cartas!

Recorrieron el camino de regreso sin hablar una palabra. Cada uno metido en sus propios pensamientos. De repente, al pasar por una entrada, Dante la señaló:

—Esta es la parcela de Caszely.

—¿El famoso ex futbolista, que sale ahora comentando en la tele? —se sorprendió Ricky.

—El mismo.

—No sabía que vivía aquí.

—Compró esa parcela hace unos meses. Ya nos hicimos amigos. Me da la mano y todo —comentó Dante con orgullo.

—¿Y no has visto en su casa a otros deportistas, como jugadores de baloncesto famosos y eso?

—No, y espérate... Voy a detenerme aquí, en la orilla, para que pase esa camioneta. El camino es muy estrecho.

Efectivamente, una camioneta doble

cabina había tomado por La Esperanza desde Santa Rita y venía a bastante velocidad. Sin embargo, al pasar por delante de nuestros amigos frenó bruscamente.

—¡Hola, doctor! —saludó Dante al reconocerlo.

—Hola. ¿Algún problema con la bici?

—No. Paré porque es muy estrecho el camino y ando con un niño detrás —explicó el joven.

—¿Y quién es él? —quiso saber el doctor.

—Es mi primo Ricky —y dirigiéndose al muchacho le dijo —Mira, primo, él es el doctor Contreras, el único veterinario de toda esta zona. No se me había ocurrido, pero nos podría ayudar en lo nuestro.

—¿En qué los podría ayudar? —preguntó el hombre.

—Lo que pasa, doctor, es que Ricky y yo estamos investigando la muerte de los perros de los Sovino.

—¡Ah, sí! —se asombró el hombre, y cerró el ojo derecho tres veces seguidas. A continuación, estiró la boca hacia abajo en forma de «o» y abrió los ojos desmesuradamente, mirando hacia arriba. Después, repitió la cerrada del ojo derecho una vez, y el gesto

con la boca y los ojos de nuevo. Pero todo de una manera muy rápida—. Así que tenemos a un par de detectives aficionados en Pirque.

Ricky tuvo que hacer un esfuerzo por no reír. Andrés Contreras tenía cuarenta y cinco años. Era un hombre alto, más bien delgado y de pelo rubio, y que sólo crecía abundantemente encima de la frente. Sus dos patillas, de color más amarillo que su pelo, se las dejaba largas hasta la mandíbula. Sin duda, tenía un aspecto muy gracioso. Y si a eso se le añadían los tics y gestos, era muy fácil que el pícaro de Ricky se riera de él en son de burla.

—Bueno, como la Policía no ha podido hacer nada, nos encargamos nosotros... —casi se disculpó Dante.

—¿Y qué han descubierto hasta ahora? —dijo el doctor, mirando indistintamente a cada uno de los primos.

—No mucho —habló Ricky recuperándose—. Todavía es muy pronto...

—Miren —le interrumpió el doctor— vamos a hacer una cosa: suban conmigo y me van contando. Me esperan en casa de los Cassely por algo que quizás tenga que ver con sus investigaciones. ¿Qué les parece?

—¡Muy bien! —aprobó Ricky enseguida.



—No. Yo no puedo —dijo Dante—. Tengo que hacer mi trabajo. ¡Pero ve tú, primo! Con el doctor no hay problema. Después vas caminando para la casa, que está muy cerca.

Y, diciendo eso, Dante abrazó a su primo para despedirse, pero, solo fue para susurrarle algo al oído, sin que el doctor escuchara.

—Trata de aguantar la risa porque el pobre hombre tiene muchos tics y yo te conozco.

Ricky subió a la camioneta, pensando en lo que le dijera su primo. «Esto va a ser espectacular», pensó.

—No te acomodas mucho, es ahí mismo —le aconsejó el doctor—. Oye, ¿y qué han averiguado? ¡Cuéntame!

—Muy poco. Empezamos hoy y sólo hemos visitado la casa de los Sovino.

—¿Pero no te parece que fue ese león escapado?

Y terminando de preguntar aquello, el hombre se agarró los mechones de pelo de encima de la frente, los sacudió tres veces y alargó la boca hacia abajo en forma de «o», abriendo los ojos y mirando hacia arriba, como la vez anterior. Ricky ya no sabía qué

hacer para no explotar en carcajadas. Pero, se contuvo, a duras penas.

—No. Ni siquiera había huellas de él —dijo, alejando su vista del hombre.

—Oye y cambiando de tema... ¿Tú practicas baloncesto?

—Sí, claro. Me encanta.

—Ese es el deporte más dinámico y bello que existe —habló con entusiasmo Contreras—. Yo lo... ¡Mira! ¡Ahí está Ramón, el empleado de Caszely! Él fue quien me llamó. Vamos a bajarnos aquí mismo.

Después de los saludos y presentaciones, el hombre moreno, bajito, rechoncho y con sombrero de huaso, llamado Ramón, les indicó el lugar adonde quería llevar al doctor. Era una pequeña hondonada al otro lado del terreno de mini fútbol, que Caszely había construido frente a la casa, donde él y sus amigos jugaban los fines de semana.

—Disculpe que lo haya llamado, doctor —dijo el empleado, convidándolos a atravesar el terreno de fútbol de pasto recién cortado—. Pero en cualquier momento llega mi patrón y quería explicarle lo sucedido como Dios manda.

—¿Pero qué pasó, hombre? —preguntó Contreras.

—Que Ancamán, el pavo real de mi patrón, apareció muerto. Lo mataron, diría yo. Porque dudo que se haya suicidado.

Los ojos de Ricky brillaron y disimuladamente frotó sus manos de alegría. ¡Estaba en el lugar de los hechos primero que todo el mundo!

—Parece que el león ese sigue haciendo estragos, ¿no? —comentó Contreras, con una sonrisa.

—¡No! ¡Imposible! —aseguró Ramón—. Acabo de escuchar por la radio que había aparecido cerca del villorrio Santa Rita. Primero entrevistaron al domador y dijo que Barrabás era inofensivo, por viejo y porque ya se le habían caído los dientes. Que él le mandó hacer una prótesis pero, al escapar, abriendo la reja con su boca, la dejó allí colgada.

—¿Y apareció dijo usted? —quiso asegurarse Ricky.

—Claro —le respondió el empleado—. Encontraron a unos niños dándole leche con un biberón allá por Santa Rita... ¡Mire, doctor! Ahí está Ancamán...

Un enorme pavo real yacía en los húmedos pastos de la pequeña hondura. Todos se agacharon para observarlo mejor. El pobre



animal estaba desangrado, producto de una herida en el cuello.

—Por lo que se ve, está muerto desde anoche. ¿No hay por aquí jabalíes salvajes o grandes ratas, que pudieron hacer esto? —le preguntó Contreras al empleado.

—No, doctor. Por aquí no hay nada de eso —contestó el hombre.

—¿Y usted no sintió nada anoche, que nos pudiera dar una pista? —le interrogó el niño.

—Este... miren, voy a pedirles un favor: no le comenten esto a mi patrón... El problema es que anoche vinieron unos primos míos a acompañarme, porque era mi cumpleaños y ellos sabían que yo no me podía ir de aquí, porque estoy cuidándole la casa a mi patrón. Entonces trajeron unas botellitas y nos conversamos unos vinos hasta tarde. Y yo caí muerto cuando se fueron.

—Entonces, no escuchó nada... —concluyó el niño—. ¿A qué hora se habrán marchado sus primos?

—Cerca de las dos de la mañana, diría yo —respondió Ramón—. ¿Si mi patrón se entera, me echa!

—Todo esto es muy raro —comentó Ricky, paseándose—. Por las plumas que hay

regadas, se ve que Ancamán luchó. Pero más extraño es que esté casi sin sangre y sea tan pequeña la mancha que hay debajo de él. ¿Se fijaron?

—No sé —le contestó el doctor, parándose—. Esta tierra absorbe mucho.

Y, diciendo eso, comenzó a cerrar su ojo derecho, después el izquierdo y, acto seguido, proyectó hacia delante los labios apretados. Realizó esos movimientos varias veces seguidas, en ráfagas, y se calmó. Ricky tuvo que girar su cabeza hacia el otro lado para que no lo viera, aguantando la risa.

—¡O se la chupó la tierra o se la chupó el Chupacabras! —exclamó Ramón, asintiendo continuamente con su cabeza.

—¡Qué absurdo, señor mío! —habló con enfado Contreras—. ¡Otra vez el cuento ese del Chupacabras!

—¡Eso es lo que dice Melisa! —se defendió el empleado.

—¡Cómo le van a hacer caso a esa loca! —casi gritó el doctor.

—Dice ella que lo ha visto —insistió el empleado.

—Yo estoy con usted, doctor —afirmó Ricky—. Ese cuento no me lo creo.

—Pues miren, esta es la segunda

muerte de animales por aquí —comentó Ramón—. Eso nunca sucede. Yo no dudo que...

—Bueno, Ramón, ya vimos todo —lo interrumpió Contreras—. Cuando llegue Caszely, que me llame. Y no se preocupe, que no le diré nada de su fiestecita.

El doctor le hizo un gesto a Ricky y los tres desandaron el camino hasta la camioneta. Se despidieron del afligido empleado y tomaron por La Esperanza hacia Santa Rita. En un par de minutos estuvieron en la entrada de la casa de los abuelos y Ricky se bajó muy agradecido.

—No hay por qué —le dijo el doctor—. Y, cuando hayas descubierto algo nuevo, házmelo saber. Yo vivo en la parcela que está a la salida de La Esperanza, a mano derecha en el primer portón. ¡Cuidate!

—¡Chao! ¡Y gracias de nuevo! —se despidió Ricky, caminando hacia la casa.

Pero se demoró en llegar. A veces se detenía hablando en voz alta. Una idea le daba vueltas en la cabeza. La herida en el cuello de Ancamán fue hecha con un arma muy afilada y con una precisión sólo producida por una mano muy segura.

—No creo que el Chupacabras sea tan delicado —bromeó para él.

El interior de la casa de Melisa era sobrecogedor. No sólo por el simple hecho de lo que se comentaba sobre ella y de los extraños y oscuros poderes que se le atribuían, sino también por el ambiente misterioso y el aire denso, cargado de raros olores, que se respiraba allí.

Aunque no había oscurecido todavía, la casa estaba en penumbras, debido a gruesos cortinajes de color marrón oscuro que no dejaban pasar la luz por las ventanas, lo cual contribuía a la lóbreguez del lugar. Igualmente, llamaban la atención los animales escogidos como mascotas por la bruja: una tortuga que dormitaba en un rincón, un murciélago colgado del techo de una jaula para canarios y un raro lagarto, de ojos saltones, que cazaba moscas sobre una repisa.

Ricky observó todo aquello con más curiosidad que temor, pues era un muchacho

muy valiente. Y comprendió por qué su primo se negaba, en principio, a llevarlo a esa casa y fue necesario que le insistiera mucho hasta convencerlo. «No es por miedo —le había dicho Dante—, sino por respeto a lo que no conozco». Ahora, el muchacho entendía perfectamente lo que le había querido decir su primo con esas palabras.

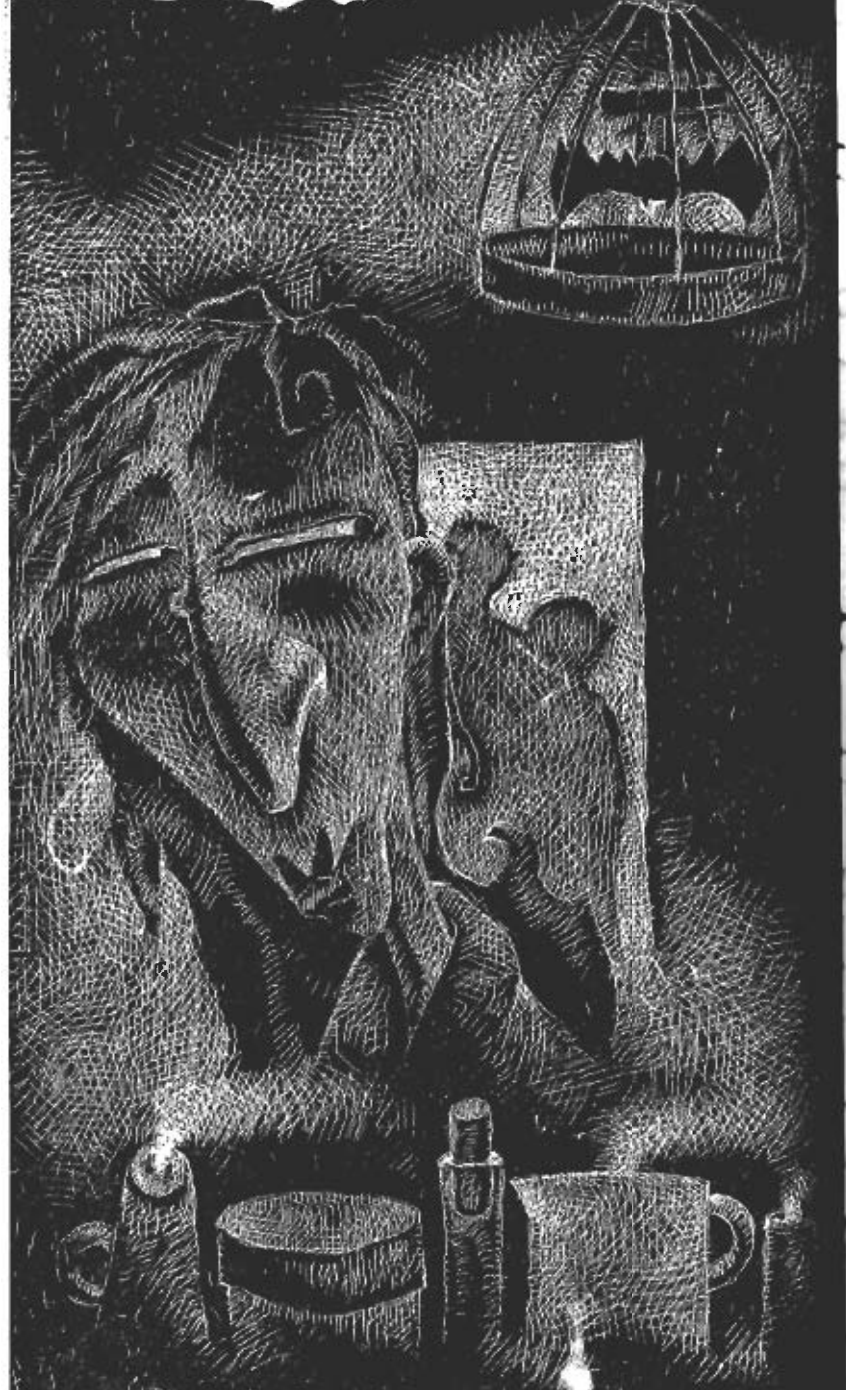
—¿Te gustan los animales? —preguntó Melisa, con voz de flauta rajada, observando el interés de Ricky por sus mascotas.

—Sí, sobre todo cuando no es común que las personas tengan estas especies en sus casas —respondió el muchacho, con sinceridad.

—También tengo a Imhotep, mi gato negro que debe andar echado en cualquier sitio, pero mis favoritos son esos que ves ahí, porque no molestan en lo absoluto y se encargan de eliminar a cuanto insecto indeseable entra en esta casa sin ser invitado —subrayó estas últimas palabras de un modo significativo.

—Perdone que la molestemos, Melisa —se apresuró Dante a disculparse, al creer interpretar el tono de la mujer como una indirecta. Es que mi primo insistió en verla.

—¡Ah, este muchachito es tu primo!



—Sí, él vive en Santiago y vino de vacaciones a Pirque.

Melisa escrutó detenidamente con su penetrante mirada al chiquillo y comenzó a darle una vuelta en derredor con premeditada lentitud. Cuando estaba a sus espaldas preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Ricky —se apresuró Dante a contestar.

—¡Le pregunté al niño! —se molestó la bruja.

—Ricardo Fuenzalida —dijo entonces el muchacho—, pero todos me dicen Ricky.

—¿Y para qué querías verme, Ricky?

—Es por los animales que han aparecido muertos.

—¿Te refieres a Kaiser y Sissi, los perros de los Sovino?

—Sí, y ahora a Ancamán, el pavo real de Caszely.

—¿También mataron a un pavo real? —pareció sorprenderse.

Ricky volvió a asentir, hizo una pausa para tratar de adivinar qué estaba pasando por la mente de Melisa y se decidió a comentarle:

—Dante me ha dicho que usted

tiene una opinión sobre la posible causa de esas muertes.

—Así es... —dijo susurrando. Pero alzando la voz, continuó— ¡Y ahora estoy convencida de que es el Chupacabras quien está matando a los animales!

—¿De verdad cree usted en esa absurda historia del Chupacabras?

—¡No es una historia absurda, muchacho! ¡El Chupacabras es tan real como nosotros!

—¿Acaso usted ha visto alguno, Melisa? —inquirió en tono de burla.

—¡Pues claro que los he visto! ¡No quisieras tú tropezarte con uno, muchacho incrédulo!

—Entonces, me podrá decir qué aspecto tiene.

—Una forma más parecida al Diablo. Es una bestia horrible, algo así como un canguro con alas de murciélago y garras de tres dedos, con uñas filosas como navajas. Tiene unos largos colmillos y sus ojos son grandes y rojos, como inyectados con la sangre que les chupa a sus víctimas para alimentarse.

—Sí, debe verse feo un Chupacabras de esos —admitió Ricky, sonriendo.

—¡Búrlate, muchacho! No me creas, si así te parece. Pero te recomiendo que te olvides de los animales muertos en Pirque.

—¿Por qué?

—Porque Pirque es una zona elegida por los misterios profundos e insondables de la lucha divina entre el bien y el mal.

—No entiendo por qué Pirque es tan especial como dice usted —insistió Ricky.

—Mira, niño —explicó Melisa, desplazándose hacia el lugar más oscuro de la habitación—, sólo les voy a contar un par de ejemplos. ¿Saben ustedes por qué un vino producido aquí se llama «Casillero del Diablo»?

—No —respondieron al unísono los primos.

—Pues les contaré que hace mucho más de cien años, el Marqués de Concha y Toro le vendió su alma al Diablo por preservar una bodega de vinos. No querrán saber ustedes lo que sucedió allí. Pero eso no es todo. Años después, el señor Ramón Subercaseaux también hizo un pacto con Lucifer. Y dicen que cierto día, al cruzar el río Maipo, un carruaje negro con caballos alados descendió a buscar a don Ramón.

—¿Y en la época actual han pasado

cosas así? —quiso saber Dante, sobrecogido por las historias.

—¡Claro! —le contestó enérgicamente la bruja—. Quizás ustedes no lo sepan; pero, en estos momentos, el mismísimo demonio está rondando Pirque de nuevo y en forma de Chupacabras.

—¡Jesús, María y José! —se le salió al asustado Dante.

—Es por eso que les aconsejo abandonar todo y no averiguar nada más.

—¿Y dejar que sigan matando animales en toda esta zona? —saltó Ricky.

—De eso puedo encargarme yo.

—¿Usted? ¿Cómo? —dudó el chiquillo.

—¡Ricky, por Dios! —le advirtió Dante— ¡no seas irrespetuoso!

—Déjalo —dijo Melisa y extendió su brazo derecho en gesto teatral—, ya se convencerá de que yo soy la única persona en todo Pirque que puede resolver este problema.

—No me parece que... —fue a objetar Ricky, pero la bruja no lo dejó seguir.

—¡Es suficiente! He tenido mucho gusto en conocerte, pero ahora tengo cosas que hacer. Si ustedes fueran tan amables...

—¡Vamos, Ricky, no molestemos

más a la señora Melisa! —lo detuvo Dante cuando su primo iba a intentar otra réplica y casi lo saca a rastras de la lúgubre casa.

Cuando estuvieron en la calle, el niño le dijo a su primo, con evidente disgusto:

—¿No te das cuenta de que es una farsante?

—No sé qué decirte, primo —dudó el buenazo.

—¿Tú sigues creyendo en esa tonta historia de que fue el Chupacabras quien mató a los perros y al pavo real?

—¿Qué otra cosa pudo haber pasado, Ricky?

—Mira, Dante, yo puedo creer que Kaiser y Sissi fueran muertos por un Chupacabras de esos, porque prácticamente los mutilaron. Pero es que a Ancamán le cortaron limpiamente el cuello con un objeto muy fino y filoso. ¿Es que tu Chupacabras estudió cirugía y posee un bisturí?

—No, no estudió cirugía ni tiene bisturí, pero ya te dijo Melisa que tiene uñas muy filosas, así que pudo haber degollado a Ancamán con sus garras. Además, Melisa me ha dicho también que los Chupacabras pueden matar de muchas maneras, pero la más usual es chupándoles la sangre a sus víctimas.

Y cuando eso sucede, la única marca que deja es un orificio en la garganta, donde está la arteria yugular.

—¡Ah, primo, te has dejado impresionar por esa charlatana!

Dante no quiso seguir discutiendo. Su primo Ricky llegó a la conclusión de que no podría limpiar de ideas absurdas la cabeza de su primo en un día. Por lo tanto, le esperaba una ardua tarea, además de averiguar y dejar bien claro quién estaba matando a los animales en Pirque.

No obstante, cuando iban de regreso a su hogar, de la parcela situada frente a la de Caszely salió una señora al camino, llorando desconsoladamente y gritando:

—¡Ay, qué le han hecho a mi pobre Macumba!

—¿Qué le sucede, señora Filomena! —fue Dante a su encuentro.

—¡Mi Macumba, Dante, mi Macumba!

—¿Quién es Macumba?

—¡Mi linda gansa, que no veía desde ayer y ahora la encontré muertecita entre mis hortensias y jacintos!

—¿Qué le pasó?

—¡No lo sé, Dante, ayer estaba vivita,



coleando y graznando de lo más alegre!

—¡Déjeme verla! —dijo Ricky, presintiendo una nueva víctima del misterioso asesino de animales—. ¿Dónde está?

—¡Allá atrás, vengan! —indicó la señora Filomena.

El muchacho corrió hacia donde le indicaban y desapareció en el extenso y recargado jardín. Regresó a los pocos minutos junto a Dante, que seguía consolando a la vecina. Su rostro estaba serio y mostraba preocupación, lo que no pasó inadvertido para el primo, quien le preguntó:

—¿La viste?

Ricky asintió con la cabeza.

—¿Qué le pasó?

—Parece que le chuparon toda la sangre.

—¿Cómo eran las heridas?

—No tenía heridas —dijo Ricky sombrío. Y agregó— ¡Nada más que un orificio en el cuello!

Su lomo gris y los pelos como púas era lo único que veía en esos momentos. Pero escuchaba los chillidos, cada vez menos intensos, del pobre corderito, víctima de aquel monstruo. De repente, se volvió hacia él y pudo verlo de frente. Aterrorizado observó sus garras, sus membranas como alas de murciélago, pero lo que más le impresionó fueron sus afilados colmillos y sus ojos rojos como la sangre...

—¡Abuela! —gritó Dante saliendo de su pieza y llegando al living, completamente vestido, pero sin zapatos.

—¿Qué pasa, Dante? —respondió la anciana—. No interrumpas, que Ricardito me está leyendo.

—¡Precisamente! Es por su niño que no aguanto más! —se quejó el joven.

—¿Pero qué te hice? —terció Ricky, con inocencia en su voz.

—Mire, abuela, me iba a poner los zapatos y estaban llenos de leche condensada. ¡Y si fuera eso nada más! Mire, no sé cómo lo hace, pero el despertador suena cada una hora toda la madrugada y ¡no puedo dormir! Para colmo, ayer encontré una rana en mi almohada: ¡no lo soporto más!

La abuela movió la cabeza en señal de desaprobación. Ricky, aguantando la risa, puso la expresión más cándida de su repertorio. Entonces, señalándolo con el dedo, su primo le gritó:

—¡Se acabó la investigación entre los dos! ¡De ahora en adelante, no te llevo más a ninguna parte!

Y, diciendo eso, le dio la espalda y se marchó a su pieza, cerrándola de un portazo. Era la primera vez que Ricky veía tan enfadado a su primo. Sintió que se le había ido la mano. Sabía que tenía que disculparse y así lo hizo.

Le costó como quince o veinte minutos cambiarle el humor al noble de Dante y conseguir su perdón.

Así, poco después, ya estaban pedaleando felices hacia el centro de Pirque, donde el joven debía ir hasta el correo.

—¿Qué le estabas leyendo a la abuela?

—Una cosa que bajé anoche de

internet sobre el Chupacabras —respondió Ricky desde la parrilla de la bicicleta.

—¡Ah! ¡Te interesaste ahora por la teoría de Melisa!

—Sí, Dante, pero no de la manera que crees. Puedo demostrarte que la descripción que hizo Melisa del Chupacabras es la misma que sale en internet y que escribió un tipo que se llama Macario.

—¿Y? Si coincide es más verídica la cosa, ¿no es cierto?

—No, Dante, porque la descripción era de un tipo en Puerto Rico, llamado Macario como te dije, que también dice que lo vio.

Dante se quedó pensando, porque no entendía bien el punto de su primo. Ricky lo secundó, adentrándose en sus propias deducciones.

A esa hora, el trayecto hasta el centro no era fácil. Por Ramón Subercaseaux, un constante tránsito de autos, camiones y buses trasladaba a sus lugares de trabajo a cientos de personas, en la misma dirección que nuestros amigos.

Como si no se hubiera cortado la conversación, Dante continuó con el hilo de su pensamiento.

—Mira, Ricky, como yo lo veo, hay más de una persona que lo ha visto y todos coinciden. Por lo tanto, existe el monstruo ese, ¿no?

—Yo lo veo distinto, primo. ¿No podría ser que Melisa lo leyó también y ahora dice que lo vio?

—¿Y por qué lo hace, Ricky? ¿Qué ganaría ella con eso?

—Bueno, ¿qué te parece esta teoría? Pon atención: ella inventa lo del Chupacabras —algo que nadie ha visto y que no se sabe si en verdad existe—, entonces lo culpa de las muertes de los animales y, después, se jacta de que ella con su magia negra lo espantó o lo disolvió, qué sé yo... ¿Eh? ¿Qué te parece?

—¿Pero para qué querría hacer todo eso, Ricky?

—Para ganar más fama y prestigio como bruja. Y quizás hasta para ganar favores o dinero de las personas que se dejen engañar por sus historias y le paguen para que ella elimine la maldición con sus presuntos poderes.

—¡Ah, ya entiendo!, pero... ¿Y cuándo aparezca el asesino de los animales, cómo justificaría al Chupacabras inventado por ella?

—¡Piensa, Dante! No tendría que justificar nada si...

—¿Si qué, Ricky?

—¡Si ella misma fuera la asesina!

—¡Jesús, María y José...!

A esa hora, en el centro había bastante movimiento de personas haciendo trámites, comprando o simplemente paseando. Dante y Ricky se dirigieron al correo. Después de asegurar con un candado la bicicleta a un árbol de la plaza, el joven le ordenó al muchacho:

—Espérame por aquí, Ricky. No sé cuánto tiempo voy a estar allá adentro.

—¿Y dónde te espero?

—Bueno... ¡Ah, mira! Te voy a presentar a una amiga mía...

Caminaron hasta un banco de la plaza, donde estaba sentada una hermosa niña de pelo muy rubio con trencitas bahianas, vestida de jeans, zapatillas y una blusa rosada muy corta. Lucía un precioso reloj de oro de veinticuatro kilates, que brillaba intensamente con la luz del sol. Sin embargo, Ricky ni lo notó. Su atención estaba concentrada en la

juguetona mirada proveniente de los grandes ojos verdes de la chiquilla.

—Hola, Marielita —dijo Dante al llegar— ¿Qué haces sola aquí?

—Estoy esperando a mi papá, que está en una reunión en la municipalidad —respondió con una suave voz la niña.

—Mira, Mariela, él es mi primo. Ricky, ella es Mariela.

—Hola —la saludó serio el niño.

—Hola —le contestó sonriendo la niña.

—Mariela, te dejo aquí a mi primo. ¿Lo puedes entretener un rato?

—Sí, no te preocupes, Dante —le dijo la chiquilla con formalidad. Y se dirigió en otro tono al muchacho—. ¿Quiéres sentarte, Ricky?

Dante se alejó con una sonrisa pícaro. Los niños se demoraron algo en conversar, por culpa de dos camiones cargados de frutas que pasaron frente a ellos con sus ruidos característicos.

—¿Estás viviendo en casa de Dante?

—Sí, por unos días —aclaró Ricky— ¿Y tú? ¿Vives por aquí?

—Mi parcela es la que está a la entrada de La Esperanza. Frente a la del doctor



Contreras y antes de la de tus abuelos.

—¿Cuántas parcelas hay por La Esperanza? —preguntó el niño—. Todos los días conozco a alguien nuevo que vive por allí.

—Mira, yendo de Santa Rita hacia adentro y a mano derecha está mi parcela, la de tu familia, la de Caszely, la de los Sovino, la de los Sawiki y por ahí, hasta el final, sólo los conozco de vista, pero no sé sus nombres.

—¿Y por la izquierda?

—Por la izquierda está la parcela de Contreras, después la de Vladimir y Laly, la de la señora Filomena, la de los Carrillo, la de la bruja Melisa y más allá no sé.

«¿Qué manera de haber sospechosos en este caso!», pensó Ricky. «Porque, evidentemente, tiene que ser alguien de allí. Nadie va a venir de tan lejos a matar unos animales. Ya me fijé que el camino vecinal más cercano está a dos o tres kilómetros».

Pero, volviendo a su conversación, preguntó:

—¿Y por qué conoces tanto ese camino?

—Es que me pongo a correr por ahí algunas tardes para hacer un poco de ejercicio. Tú sabes, no es fácil mantenerse delgada

—afirmó Mariela con coquetería—. Tú eres deportista, ¿no es cierto?

—Sí —respondió enseguida Ricky, hinchándose un poco—. Yo practico baloncesto.

Era la primera vez en su vida que Ricky sentía esa turbación y ese cosquilleo en el estómago. No quería mirar de frente a Mariela para que no se diera cuenta, porque sentía un calorillo constante en sus mejillas. Nunca le había dado tanta importancia a lucirse ante una niña. Para él, ellas siempre habían sido aburridas, poco interesadas en los juegos y en las preocupaciones de los varones. Pero esta vez era distinto. Por esa niña sintió algo especial desde que la vio. «Y parece que le agrado, porque se fijó en mi físico de deportista», pensó.

—Pero no debes ser muy bueno, porque los jugadores de baloncesto son fuertes y musculosos —comentó Mariela, echando un jarro de agua fría sobre el orgullo del muchacho.

—Disculpa, yo soy buenísimo para mi edad. Además, tantos músculos te hacen ser tosco y torpe...

—No estoy de acuerdo contigo —le interrumpió la niña—. Mira, para demos-

trártelo, te puedo presentar a ese hombre que está tomándose una bebida en el kiosco «Donde Malvina». ¿Lo ves?

—¿El que usa la camisa apretada para que se le vean los bíceps?

—Ese mismo. Te puedo contar que con esos brazos y esas manotas le falta un año para hacerse neurocirujano. Y te aseguro que cuando se reciba va a ser el mejor de todo Santiago. ¡Fíjate si será torpe y tosco!

—¿Él es de por aquí? —se apuró en preguntar el niño. Su mente enseguida se puso en alerta roja.

—Claro. Te acabo de mencionar a los Carrillo. Él es Pedro, el hijo de doña Pamela.

—¿Me puedes hablar un poco de él?

—¿Y por qué te interesa tanto, si no lo conoces? —le dijo Mariela, cruzando su pie derecho y girando más su cuerpo hacia el niño.

Ese movimiento hacia él le volvió a provocar el cosquilleo en el estómago. De pronto, se cuestionó si estaba bien sentado, o bien vestido, o limpio. ¡Qué nuevas sensaciones vivía! Pero tenía que dominarse, por eso habló con mucha formalidad.

—Por favor, sólo cuéntame. Otro día te prometo que te lo diré todo. ¿De acuerdo?

—Está bien. Bueno... ¿qué te puedo contar? Pedro es un hombre muy bueno. Cuida mucho a su mamá, que está enferma...

—¿De qué está enferma?

—La pateó un caballo y la dejó inválida. Eso lo afectó mucho a él. Y para más desgracia su pareja, que lo ayudaba mucho, un día, sin previo aviso, rompió con él. y se hizo novia de un biólogo marino que era muy amigo de ambos. Bueno, fue tanto el estrés que sufrió que tuvo que congelar la universidad, faltándole un año para terminar.

—Ah... —se quedó meditando Ricky.

—Bueno, me tengo que ir. Por ahí viene mi papá —dijo Mariela, levantándose.

—Claro —la imitó el muchacho—. Pero... ¿No nos podemos ver otra vez?

—¡Sí, cuando tú quieras! —le propuso la niña con zalamería—. Tu primo tiene mi teléfono.

Para despedirse, ella le dio un beso en la mejilla que él casi no pudo responder por el nerviosismo. El color rosado intenso de sus cachetes se expandió por toda la cara llegando incluso hasta el cuello. Sólo pudo asentir con la cabeza, mientras le regalaba una tibia sonrisa.

El muchacho se quedó mucho rato envuelto en extraños, pero dulces pensamientos. Al parecer, se le notaba mucho, porque al llegar Dante, el primer comentario que le hizo tenía un marcado tono de burla.

—¿Qué le pasó a Romeo Fuenzalida?  
¿Le llevaron a su Julieta?

—¡No fastidies, primo! Estaba ensimismado en la investigación.

—No te creo nada. ¡Te enamoraste de Marielita!

—¡Qué Marielita ni qué nada!... Sólo le estuve sacando información.

—¿Tú sabes que ella es la hija del tipo más rico de toda esta zona?

—¿En serio?

—Claro. Su papá es dueño de varios hoteles y centros turísticos. Oye, si te casas con su hija tienes el futuro asegurado. ¡Puedes ser el dueño de un equipo de la NBA, si quieres!



—¿Pero tú estás loco, Dante? —casi gritó el niño, algo molesto.

—Era una broma, Ricky. ¿Qué pasa? ¿El bromista no entiende de bromas? ¿Tanto te afectó esa chiquilla?

—¡Ya! ¡Córtala!

—Bueno, está bien, está bien. ¿Y qué información le sacaste?

—¿Tú conoces bien al sujeto de la camisa apretada, que ahora está haciendo la fila en el Registro Civil?

—Sí, por supuesto. Es Pedro Carrillo, vecino nuestro.

—Bueno, espérame aquí y observa bien. Voy a hacer una broma—experimento.

—¡Espérate, Ricky! ¡No te vayas a meter en líos!

—¡No, primo! Sólo mírame y diviértete...

El niño se escondió detrás de un árbol y esperó su oportunidad, que se presentó, un par de minutos después. Un hombre vestido con traje azul marino y corbata roja, con el típico aspecto de ejecutivo, se bajó de su auto frente a la plaza, a unos pasos de Ricky, quien salió a su encuentro con mucha efusividad.

—¡Juan Pablo! ¡Qué rico verte aquí!

—le gritó el niño, yendo hacia él con los brazos abiertos.

—Disculpa, muchacho, pero no te conozco. Parece que me estás confundiendo con otra persona.

—¿Cómo voy a confundirte, Juan Pablo? ¡Soy yo, Ricky! ¿Ya no me recuerdas?

—Por favor, no molestes más. Te dije que no sé quién eres, así que largo, largo de aquí —le dijo el hombre, con evidente enojo.

—Está bien, está bien. No se ponga así.

El solemne señor continuó su camino hacia el juzgado, mientras Ricky cruzó la calle y por la acera de enfrente corrió en la misma dirección del hombre, pero algo escondido entre los kioscos de los artesanos. Cincuenta metros más allá, el niño volvió a cruzar la calle y se encontró de nuevo, «casualmente», con el mismo señor.

—¡Juan Pablo! ¡Qué bueno verte aquí! ¡Es increíble! ¡Acabo de ver a un tipo igualito a ti, ¡pero con un carácter más pesado...! —le gritó de nuevo con los brazos abiertos hacia él.

—¡Por Dios! ¡Hasta cuándo vas a molestarme, chiquillo! ¡Ahora mismo voy a llamar a un carabiniere!

—¡No, no! Espere, por favor. Yo sólo hice lo que me mandaron —suplicó Ricky.

—¿Y quién te mandó? —quiso saber el hombre.

—¿Usted ve a aquel joven con la camisa apretada, que está a punto de entrar en el Registro Civil?

—Sí, lo veo.

—Bueno, él me envió —afirmó Ricky con voz de niño chico.

—Pues ya va a ver cómo termina su broma...

El señor se estiró la chaqueta de un tirón y se dirigió con paso largo hacia Pedro, que ajeno a lo que sucedía, anotaba en un papelito ciertos datos.

Ricky se unió al asustado Dante y ambos se escondieron detrás de un auto estacionado.

—¡Yo no sé cómo confío en ti! —protestó el joven—. ¡Delante del correo hacerme esto! ¡Tú verás el escándalo que se va a armar ahora! ¡Me van a echar del trabajo!

—¡Tranquilo! Vamos a ver qué pasa —trató de calmarlo Ricky.

De lejos vieron cómo llegó el hombre a donde estaba Pedro. Su rostro encendido, sus manoteos. Pero lo más insólito fue la

reacción del forzado de Pedro. Se veía cómo, con humildad, trataba de explicar su inocencia y hasta le vieron pedir disculpas por algo que no había hecho, ni comprendía.

—¿Por qué le hiciste eso al pobre Pedro, Ricky?

—Por ser un sospechoso importante, primo.

—¿Sospechoso de asesinato ese infeliz?

—Mira, Dante, Mariela me contó sobre él. ¡El asesino perfecto! Un casi cirujano que bien pudo realizar con mano experta la herida de Ancamán. ¿El móvil? El odio a los animales, producto de la pateadura de caballo a su madre y el compromiso de su pareja con un biólogo marino. Quizás su fuerte estrés lo desequilibró y le haya dado por vengarse de todos los animales.

—Tienes toda la razón. Pensándolo bien, todo encaja para que sea él. ¿Qué quieres que haga, Ricky? ¿Lo neutralizo, lo derribo, lo agarro, lo amarro y se lo entrego a los carabineros?

—Cálmate, Dante. Quizás no sea el asesino.

—¡¿Cómo?! ¡No acabamos de deducir que él...!

—Mira, primo, la broma—experimento

que hice demostró que Pedro no tiene la personalidad indicada para ser el asesino.

—¡Eso no demuestra nada! —saltó el joven—. Yo he visto películas donde el criminal es el más noble, el más tímido, ¿no es cierto?

—Sí, pero en este caso puede que no —aseguró el muchacho.

—¿Por qué dices eso, Ricky?

—Porque lo vi escribiendo con la mano izquierda.

—¿Pero y eso qué tiene que ver? —quedó muy confundido Dante.

—Mira, piensa de esta manera: para matar a Ancamán, hubo que agarrarlo por el pescuezo, ¿no es cierto? Porque de lo contrario era muy difícil hacerle ese tajo con todo lo que se defendió el pobre animal. Yo vi el reguero de plumas. Bien, si lo agarras con la mano izquierda, cortas con la derecha y viceversa. ¿Me sigues la idea, Dante?

—Sí, dale, continúa.

—Bueno, el asesino tuvo que haber sido un diestro, porque al final, casi pegado al pecho, el pavo real tenía el tajo algo inclinado hacia la derecha. Si hubiera sido zurdo, le hubiera agarrado el pescuezo con la mano derecha, y sólo un movimiento antinatural

habría desplazado aquella herida hacia ese lado. Porque el instinto de conservación te hace lanzar el corte, alejándose del brazo de uno. ¿Entendiste?

—Sí, te entiendo, pero... —dudó Dante.

—¿Pero qué, primo? ¡Vamos, suelta sin miedo la duda esa que tienes! —lo animó Ricky.

—¿Y si Pedro Carrillo es ambidiestro?

—¡Caramba, no había pensado en eso? —confesó sorprendido.

Por lo visto a Dante se le estaba agudizando el entendimiento y ahora lo había puesto a pensar a él. Pero, optó por no precipitar las cosas y elaborar más detenidamente una estrategia, para averiguar ese detalle que parecía sin importancia, pero que no lo era. Por eso dijo:

—Sí, es una posibilidad que deberemos comprobar. Bueno, vamos, que todavía hay más cosas que hacer.

—Sí, dejo unas cartas por el camino y después hacemos lo que tú quieras.

—A propósito, me tienes que dar el teléfono de Mariela.

—¡Eh! ¡Romeo quiere llamar a su Julieta!

—¡No empieces! Es por unas preguntas que debo hacerle sobre todo esto.

—Sí, sí... —La miró con picardía—  
cómo no...

Ricky quedó tan impresionado con Mariela que esa noche apenas pudo dormir pensando en la hermosa niña, en sus grandes ojos esmeralda, en su dulce voz y afable trato. Pero también pensó en lo que le había contado Dante sobre su padre millonario, por lo que el bichito de la curiosidad volvió a carcomerlo, como ocurriera antes con respecto a Melisa y quiso saber más sobre este personaje.

Y quién mejor que su abuelo, un hombre que había vivido buena parte de su vida en Pirque, para darle detalles de todos y cada uno de los vecinos que habitaban las parcelas de La Esperanza, Santa Rita y tal vez las de más allá y las de más acá.

Por eso, en cuanto se levantó, aseó y vistió, más temprano que de costumbre, se fue al portal de la casa, donde sabía que habría de encontrar al abuelo sentado, en su

sillón favorito, tomando mate. Al viejo le gustaba ver asomar el sol cada mañana desde detrás de las elevaciones que circundaban el paisaje.

—¿Qué hace el caballerito levantado tan temprano? —fue el saludo del viejo, al ver aparecer a su nieto en el portal. Entonces esbozó una sonrisa y agregó— ¡Ah, ya sé! ¡Los amores no te dejaron dormir!

—¡Dante ya te fue con el chisme! —se molestó Ricky.

—Es una broma, Ricky. ¿Acaso no te pasas la vida embromándolo a él?

El muchacho no respondió. No podía hacerlo, porque el abuelo tenía razón y ahora debía aguantar como un hombre. Por eso, y porque era el objetivo principal de esta charla, condujo el tema de la conversación por el camino que le interesaba:

—Abuelo... me dijo mi primo que el padre de Mariela es uno de los hombres más ricos de por aquí.

—¿Fernando Villarroel? —el viejo alzó las cejas—. ¡Ese hombre es quizás el más pudiente de toda esta zona!

—Dante me dijo que era dueño de hoteles y centros turísticos.

—Sí, ese es su negocio y tiene varias

de esas instalaciones en todo el país.

—Me imagino que, con tanto dinero, Fernando Villarroel podrá comprar todo lo que se le antoje.

—Pues mira que no.

—¿Cómo que no? —Ricky frunció el ceño, acercó un sillón hasta colocarlo frente al de su abuelo y se sentó—. ¿Hay algo que ese señor no haya podido conseguir?

—Sí que lo hay —suspiró el viejo y su mirada recorrió de izquierda a derecha todo el panorama que se observaba desde el portal, donde conversaba con su nieto.

—¿Qué puede existir en la vida que ese señor no pueda comprar con tanto dinero que tiene?

—A las personas.

—¿A las personas? No lo entiendo, abuelo.

—Cuando digo a las personas, me refiero a sus propiedades —el viejo volvió a suspirar.

—Sigo sin entender —confesó Ricky e hizo un gesto que era mezcla de contrariedad e impaciencia.

—Enseguida entenderás, mi querido nieto, cuando te explique que Fernando Villarroel desde hace bastante tiempo ha

tratado de comprarles sus parcelas a varios vecinos de la comuna, pero todos nos hemos negado a vendérselas.

—¿Ah, sí? —el muchacho dio un respingo—. ¿Para qué ha querido hacer eso el señor Villarroel?

—¿No te imaginas?

—¿Para construir algún hotel o centro turístico?

—¡Eres inteligente, niño! —exclamó el viejo, con orgullo—. Si averiguas un poco, notarás que ninguna de las propiedades de Fernando Villarroel está en Pirque o sus alrededores, siendo ésta una zona hermosa e ideal para instalaciones turísticas.

—¿Y por qué ningún vecino le ha querido vender su parcela?

—Por la misma razón que Villarroel ha insistido en comprárnosla y que te acabo de decir. ¡Nadie que viene a vivir a Pirque quiere irse después de aquí, mi nieto!

—¡Es cierto, porque hasta yo tengo deseos de mudarme para acá! ¡Me pasaría la vida entre Pirque y la playa de Varadero! —exclamó Ricky, y su boca se abrió en una amplia sonrisa. Pero volvió a ponerse serio cuando preguntó— Abuelo... ¿a quiénes ha tratado Villarroel de comprarles sus parcelas?

—Que yo recuerde... —hizo una pausa para buscar en su vieja memoria— a nosotros, a los Sawiki... a los Sovino... y creo que hasta le hizo proposiciones a Caszely.

—¿A nadie más?

—Bueno, de los que tienen parcelas al otro lado, frente a las nuestras, también le quiso comprar a doña Filomena y a Vladimir y Laly.

—Así que los Sovino, Caszely y doña Filomena están en la lista de los que Fernando Villarroel les quiso comprar sus tierras... —pensó Ricky, en voz alta.

—¿Qué pasa, hijo? —se preocupó el abuelo—. ¿Estás hablando solo?

—No, es que estaba pensando en que estas tres familias o personas han sufrido los ataques del misterioso asesino de animales.

—¿Y eso qué tiene que ver con Villarroel? —preguntó el viejo sin entender la asociación que había hecho su nieto.

—Estaba pensando, abuelo, que los ataques y las muertes de los animales de esos vecinos pueden ser un plan bien elaborado para asustarlos y hacer que se decidan a vender sus parcelas e irse de Pirque. Y quién otro que Fernando Villarroel para comprárselas y llevar adelante su proyecto. ¿No le parece a usted?

—¡Caramba, Ricky, tienes razón en lo que sospechas! Además, yo creo a Villarroel capaz de hacer cualquier cosa con tal de lograr su propósito. Aunque...

—¿Qué lo detiene, abuelo?

—Es que no puedo creer que Fernando Villarroel se haya decidido a actuar de una manera tan baja y cruel, para lograr su objetivo. Además, él tiene muchos animales en su propiedad y me consta que los ama y cuida con esmero... ¡Qué va, Ricky, decididamente no creo que Villarroel sea quien ha asesinado o mandado a matar a esos animales!

—No voy a descartarlo, sin antes investigar un poco sobre él, abuelo.

—Está bien, no lo descartes como sospechoso por ahora; pero, fíjate que él también ha querido comprarnos las parcelas a nosotros, a los Sawiki y a nuestros vecinos de enfrente, Vladimir y Laly y nuestros animales no han sido atacados.

—Sí, es cierto —admitió Ricky—, aun así pienso...

No había terminado el muchacho de expresar su idea, cuando se escucharon unos gritos de niño, que rompieron el silencio de la mañana.

—¡Esa es la voz de Vicente! —dijo el abuelo y se puso de pie de un salto, con una agilidad no acorde con su edad.

—¿Vicente? —preguntó Ricky, parándose también.

—Sí, el hijo de Vladimir y Laly.

—¡Vamos a ver qué le pasa! —gritó el muchacho cuando ya corría hacia la puerta de salida del jardín.

† Entonces vieron aparecer a Vicente, el hijo de la vecina de la parcela de enfrente, que no cesaba de gritar y hacer gestos desesperados.

—¿Qué te ha pasado, por Dios, Vicente? —le preguntó el abuelo angustiado, cuando creyó que el niño podía escucharlo.

—¡Las gallinas! ¡Las pobres gallinas, señor Fuenzalida! —trató de explicar el asustado chiquillo—. ¡Venga! ¡Venga, que mi mamá está sola con las gallinas!

—¿Qué ha pasado con las gallinas, Vicente?

—¡Las han matado a todas!

—¡Les chuparon toda la sangre!  
—dictaminó el doctor Contreras, después de  
revisar a las once gallinas que yacían tendidas  
en el corral de Laly y Vladimit.

El único veterinario de Pirque fue  
llamado con urgencia a esa hora y había acu-  
dido caminando, ya que era la parcela más  
próxima a su casa. Así, recién levantado como  
estaba, su aspecto era más cómico aún, por lo  
que Ricky tuvo que hacerse el firme propósito  
de no mirarlo, para no cometer el pecado  
de soltar una carcajada en ese momento tan  
dramático.

El veterinario no había tenido tiem-  
po para cambiarse su ropa de dormir, y ni  
siquiera para peinarse. Vestía un pijama con  
flores multicolores, de pantalón corto, que  
dejaban al descubierto sus delgadas piernas,  
muy blancas, cubiertas de ralos vellos rubios  
y curvadas hacia fuera. En tanto, el mechón



de pelo sobre su frente ondeaba al viento caprichosamente.

—En cuanto se fue Vladimir para el trabajo, fui a darles de comer y las encontré así —comentó Laly, con pesar—. ¿Qué pudo haberles pasado, doctor?

—No lo sé —admitió Contreras, cerrando sus dos ojos con violencia y mostrando los dientes. Secuencia que repitió varias veces a una velocidad impresionante.

—¿No sabe usted qué mató a mis gallinas? —se le encaró Laly—. ¿Cómo es que un veterinario no sabe qué les provocó la hemorragia?

—Porque no fue una hemorragia. De haber sido así, habría rastros de sangre en todo el corral —explicó Contreras— y, como ven, no hay ni una gota por aquí.

—¿Qué pasó entonces? —lo apremió Vicente, abrazando a su mamá.

—Tiene que haber sido algún animal que les chupó su sangre.

—¡Vamos, doctor, usted sabe que por aquí no hay ningún animal que haga eso! —replicó Laly—. ¡A no ser que exista ese Chupacabras del que habla la gente por ahí!

—¡El Chupacabras no existe! —casi se indignó el veterinario.

—Nosotros tampoco creemos en esas absurdas historias —dijo el abuelo de Ricky—, pero alguna explicación debe tener esto, ¿no?

—Supongo que debe tenerla, pero yo no puedo dársela en este momento, porque sencillamente no la tengo.

—Doctor... —se aproximó Ricky, que había estado muy atento a la conversación— ¿se fijó si las gallinas tienen alguna herida?

—Sí, en el cuello —le respondió Contreras.

—¿Todas tienen como un pinchazo en el cuello? —volvió a interrogar el muchacho.

—No, tienen dos.

—¡Dos pinchazos!

—Bueno, no puedo asegurar que sean pinchazos, pero cada una de las once gallinas muertas presenta dos orificios en su cuello.

—Vaya, si fuera cierta la historia del Chupacabras, como asegura Melisa —comentó Ricky—, también habría que creer ahora que hay más de uno, chupándoles la sangre a los animales de los vecinos de Pirque.

—¿Por qué dices eso, nieto? —quiso saber el abuelo.

—Porque a estas gallinas parece que les chuparon la sangre por dos orificios en sus cuellos, pero a la gansa de doña Filomena se la chuparon por uno solo. Eso quiere decir que tendrían que ser por lo menos dos Chupacabras los que están haciendo eso: uno con su dentadura completa y otro al que le falta un colmillo.

—¡No me vas a decir que tú también ya crees en esa estúpida historia del Chupacabras, muchacho! —ahora Contreras fue quien encaró a Ricky, apretándose varias veces la nariz con el índice y el pulgar de su mano derecha, y soltándose de pronto con fuerza, acompañando cada movimiento con la aparición instantánea de su lengua.

—¡Al contrario, doctor! —exclamó el muchacho, después de hacer un esfuerzo grandísimo para no reírse—. ¡Ahora menos que nunca creo en la existencia del Chupacabras! Ni creo que fuera un vampiro. O más bien dos vampiros, uno con dos colmillos y otro que usa una bombilla para absorber.

—¡Pues si el Chupacabras no existe, ni vampiros tampoco, tiene que haber sido algún otro animal que desconocemos! —opinó Laly con expresión de perplejidad.

—Tampoco pienso que sea otro animal

quien esté haciendo esto —moverió Ricky negativamente la cabeza—, al menos en el sentido en que concebimos a los animales, porque sólo una bestia puede asesinar a pobres e indefensos seres de esta manera tan cruel.

—¿Y quién crees que sea, muchacho?  
—se interesó Contreras.

—Un animal, sí... ¡pero un animal de dos piernas, que viste, calza y habla como nosotros!

Cuando Dante se enteró de lo que les había pasado esa mañana a las gallinas de Vladimir y Laly, le reprochó a Ricky que no lo hubiera despertado, «para ayudarlo a inspeccionar el escenario del crimen». Pero más se molestó cuando su primo le replicó «que si no se despertó con los gritos de Vicente en el silencio de la mañana y siguió durmiendo como un oso invernando y roncando como un burro asmático, nadie iba a lograr que se despertara».

Sin embargo, el enfado momentáneo se le pasó cuando Ricky le contó que el doctor Contreras los había invitado a visitarlo a su parcela. El hombre estaba interesado en compartir criterios con ellos, sobre los extraños asesinatos de animales que estaban ocurriendo en Pirque. Y se había dado cuenta de que el muchacho tenía sus sospechas. Claro, Dante no sólo se interesó en los

intercambios de opiniones, que con seguridad habrían de suscitarse en esta visita, sino también en la necesidad de mantener controlado a su primo, cada vez que el veterinario sufriera un ataque de sus tics nerviosos.

Por eso, a la hora convenida, después de que Dante terminara de repartir las cartas del día, se encaminaron a la parcela vecina del doctor Contreras.

Una vez allí, el veterinario los recibió con una sonrisa de oreja a oreja. Lo primero que a Ricky le llamó la atención cuando entraron a la casa fue un gran póster de Magic Johnson, que estaba pegado en una pared del recibidor, junto a otras fotos más pequeñas de otros jugadores de baloncesto que él no conocía porque, a juzgar por sus vestimentas, pertenecían a una época bastante lejana.

—¿A usted también le gusta el baloncesto, verdad, doctor? —preguntó el muchacho con evidente satisfacción; porque si Contreras era un amante de ese deporte como él, con toda seguridad se entenderían perfectamente.

—¡Claro, por eso te pregunté si te gustaba ese deporte cuando nos conocimos en la parcela de Caszely! ¡Pero, siéntense y

pónganse cómodos, por favor! —les señaló un sofá que los primos ocuparon, mientras él se sentaba en un sillón frente a ellos.

—¿Le gusta Michael Jordan? —continuó Ricky, apasionado con su tema.

—¡Por supuesto! ¡Es el mejor jugador de todos los tiempos! —sonrió Contreras—. Pero en mi época, mi ídolo era Magic Johnson.

—El mío es Jason Kidd —afirmó el niño.

—Eso no lo puedes ocultar —dijo el doctor, señalando la camiseta del muchacho.

Así, estuvieron un buen rato hablando de baloncesto y jugadores famosos de todos los tiempos, hasta que Contreras dijo:

—Bueno, ya tendremos tiempo de hablar más sobre este tema que nos apasiona, pero ahora vayamos al objetivo de esta invitación.

—Tiene razón —se disculpó Ricky—, ahora los asesinatos de animales en Pirque son el tema prioritario.

—¡Exacto! —exclamó el veterinario e, inclinándose hacia delante, le preguntó al muchacho en tono confidencial— Me cuentas esta mañana de que tienes tus sospechas sobre alguien de la zona que tiene que ver con los crímenes.

—Así es —asintió Ricky. Y aclaró—  
Dante y yo las tenemos.

—¿Pueden decirme quién? —volvió  
a preguntar Contreras en el mismo tono.

—No lo sabemos.

El veterinario puso cara de contrariedad y se echó hacia atrás en su sillón. De pronto, comenzó a pasarse la mano izquierda por su cara, desde la frente hasta la boca y cuando terminaba el recorrido, unía sus labios con fuerza, llevándolos hacia delante. Repitió el movimiento y la mueca tantas veces que Dante tuvo que darle disimuladamente un pellizco a su primo, para que no fuera a reírse.

Después, el hombre se acercó y dijo en tono afable:

—Pueden confiar en mí, Ricky.

—Nosotros confiamos en usted,  
doctor —replicó el niño sonriendo.

—¡No faltaba más! —Dante creyó oportuna esta expresión.

—Es que no sé... —Contreras parecía ofendido —me parece que me ocultan algo que saben.

—No le ocultamos nada ni sabemos nada, doctor —explicó el muchacho—. Lo único que puedo decirle es que no creemos

en esa tonta historia del Chupacabras, como tampoco pensamos que haya sido otro animal el causante de las muertes ocurridas hasta ahora. Más bien nos inclinamos por creer que sea un vecino de La Esperanza el responsable de estos hechos.

—¿Por qué razón un vecino de La Esperanza podría hacer algo así?

—Por algún motivo poderoso.

—¿Cómo cuál?

—Hay varios que podrían tener razones, pero no queremos adelantarnos ni levantar acusaciones sin tener pruebas, doctor.

—¿Ni siquiera pueden confiármelo a mí?

—No es falta de confianza, doctor, sino el temor a equivocarnos y señalar a inocentes. Preferimos esperar a tener alguna evidencia, que respalde nuestras sospechas.

—Aun así...

—No insista, doctor Contreras —Dante intervino de nuevo, esta vez con una sonrisa pícaro en sus labios—. ¡Ya vemos que la curiosidad lo está matando!

—¡Es cierto, Dante —lo reconoció—, para qué voy a negar que me tienen en ascuas! ¡Me duele mucho ver tantos animales muertos!

—No se preocupe —le prometió Ricky— en cuanto sepamos algo en concreto usted será el primero en saberlo.

—¡Claro que sí! —ratificó Dante.

—Volviendo al baloncesto, doctor...

—el muchacho volvió a cambiar el tema— ¿lo jugó usted profesionalmente?

—No, no, profesionalmente no— negó Contreras con casi todo su cuerpo, incluyendo los brazos, los ojos, los labios y hasta las orejas—, pero sí jugué semi profesional y, si no me hubiera lesionado, quizás habría seguido.

—¿Y dónde fue la lesión? —preguntó Dante.

—En la nariz —señaló el veterinario—. Me dieron un pelotazo muy fuerte y me la fracturaron. Todavía si recibo, aunque sea un golpecito, puedo hasta desmayarme.

—¡Qué lástima! —se conmovió Ricky, pero cambiando de tono añadió—. Oiga, doctor, así que usted jugaba en una liga oficial con árbitros de verdad, técnico, mucho público y ustedes en uniformes con números, nombre del equipo y esas cosas.

—¡Pues claro! Por ahí tengo guardados en un baúl algunos de los uniformes y las zapatillas que usaba entonces, junto con

algún balón. Y creo que hasta un aro y un cesto tengo.

—¿Por qué no los saca un día de estos, antes de que yo regrese a Santiago y practiquemos un poco?

—¡Me encantaría hacerlo! —se entusiasmó el veterinario.

—¡Está convenido y espero por usted! —dijo Ricky, y se puso de pie con intención de marcharse.

Dante lo imitó. Y cuando iban a despedirse, un sonido espeluznante, como un aullido salvaje, los paralizó e hizo que se les erizaran los pelos de la nuca.

—¡Jesús, María y José! —brincó Dante.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Ricky temeroso.

El doctor Contreras comenzó a abrir sus ojos y mirar hacia arriba, poner la boca en «o» y estirla hacia abajo, pasarse la mano por la cara, guiñar los dos ojos y a tirarse los mechones sobre la frente. Y, después de repetirlo innumerables veces, pudo recomponerse y decir:

—¡No se asusten, muchachos, que ese es Shogún!

—¿Shogún? ¿Quién es Shogún?

—inquirió Dante con visible alteración.

—¡Mi mastín napolitano! —explicó el veterinario—. ¡Es una fiera y tengo que encerrarlo en una habitación cada vez que viene alguien!

—¿Viste qué animal más feo e impresionante es el perro del doctor Contreras? —le dijo Ricky a su primo.

Estaban de regreso en la parcela de sus abuelos. Había anochecido y después de la cena los primos convinieron en reunirse en el portal, para hacer un recuento de lo acontecido y de los datos que tenían recopilados hasta ese momento.

—Sí, es impresionante —admitió Dante, quien por su trabajo anterior como guardia de seguridad conocía bastante sobre perros de protección, como lo es el mastín napolitano—. Los ejemplares de esa raza, además de fuertes, son perros que dan miedo por su imponente aspecto.

—¡Y el del doctor Contreras es una fiera! ¿Viste cómo se puso cuando lo convencimos de que nos lo enseñara y el perro nos vio?



—¡Claro que tenía que reaccionar así, Ricky! —explicó Dante con aire de suficiencia, aprovechando la ocasión para demostrar su conocimiento en una de las pocas cosas que su primito no sabía—. Esos perros se entrenan para proteger de extraños a las propiedades y a las personas y nosotros éramos unos desconocidos para él.

—Sí, debe ser. Pero no quisiera encontrarme frente a frente con un animal como ése.

—¡Ruega por que esa situación no se te dé, porque puedes estar seguro de que no la cuentas! —bromeó Dante.

—Bueno, vayamos a lo nuestro.

—Sí. A ver, ¿qué tenemos hasta ahora?

—Lo primero que debemos considerar son las motivaciones.

—Bien. ¿Quiénes tienen motivos para matar a los animales del camino La Esperanza?

—Hasta ahora, sólo tres personas.

—¿Quiénes?

—En primer lugar, Melisa porque está sacando ganancias de la situación. Ella podría matar a los animales y decir que es el Chupacabras, obteniendo prestigio, favores, regalos y hasta dinero de los vecinos, que no



dudarían en dárselo con tal de que los salve de esa maldición.

—Está bien, Melisa es una sospechosa, aunque, para ser franco, no descarto la idea del Chupacabras.

—¿A estas alturas tú sigues creyendo en esa tontería, primo? —se enfadó Ricky.

—Ya te digo, Ricky, mientras no se demuestre lo contrario... Pero sigue. ¿Quién más?

—Tenemos a Pedro Carrillo.

—¡Ah, el casi médico estresado!

—Pedro tiene motivos más que suficientes para haber planeado un exterminio masivo de animales, después de lo que le pasó a su madre y a él mismo con su pareja.

—Claro y como está medio desquiciado, nadie sabe lo que puede elucubrar su mente.

—Esa es la cuestión, Dante.

—¿Quién otro?

—Fernando Villarroel.

—¡Tu suegro!

—¡Déjate de gracias, Dante!

—¿Me vas a negar que te gusta Mariela?

—Eso no viene al caso.

—¿Cómo que no? ¡Si tú acusas a

Villarroel, va a ser muy difícil que esa muchacha vuelva a dirigirte la palabra!

—¡Métete en la cabeza, primo, que si el papá de Mariela es el que está cometiendo los crímenes de animales en Pirque y nosotros conseguimos las pruebas, nada me impedirá que lo denuncie para que sea castigado como merece!

—¡Vaya, Sherlock Holmes se lo ha tomado en serio!

—¡Lo tomo como hay que tomarlo, Dante, porque ningún crimen debe quedar impune, independiente de quién lo haya cometido!

—¡Está bien, está bien, no te molestes por eso! Vamos, sigue, ¿qué otros sospechosos tenemos?

—No hay más, Dante.

—Entonces hasta ahora tenemos a Melisa, a Pedro y al papá de Mariela.

—Eso es... —Ricky se quedó muy serio y pensativo. Hasta que exclamó, suspirando, a modo de confesión—: ¡Ojalá que el padre de Mariela no sea el asesino!

Dante había tenido un día muy agitado en su trabajo. Además, las tensiones de la investigación, cuando de noche «bajaban», como decía él, le provocaban un cansancio y un sueño insoportables. Por ello, no pudo terminar la película que la familia disfrutaba en el televisor. Se puso de pie y se dirigió a su pieza.

—Hasta mañana, abuelos, Ricky...  
—dijo saludando con la mano—. Voy a acostarme, porque mañana, sábado, no tengo trabajo, pero me invitaron a un partido de mini fútbol en casa de Caszely, como a las nueve.

—Hasta mañana —le contestaron todos.

En cuanto puso su cabeza en la almohada, quedó rendido. Y en esta oportunidad ni siquiera tuvo pesadillas con el Chupacabras. Se despertó sin necesidad del

despertador. Fue hacia su ventana y, como de costumbre, abrió las cortinas. Con sus ojos, medio dormidos, aún pudo observar la noche oscura, algunas estrellas y la luna redonda y grandísima, como se presenta en esta zona austral del planeta cuando es nueva.

«¿Qué extraño?», se dijo. «Pocas veces me despierto antes de que salga el sol». Entonces decidió volver a la cama y esperar durmiendo hasta el amanecer. Así descansarían más.

Dos horas más tarde, abrió los ojos. «¡Guau! ¡Cómo he dormido!», pensó. Desde la cama miró a la ventana y volvió a ver la noche con sus estrellas y la luna. «De verdad que estoy estresado en estos días. Me he despertado a cada rato en la noche», se dijo.

Y volvió a quedarse dormido. Es sabido que mientras uno más duerme, más sueño le da.

Tiempo después, Dante abrió los ojos a duras penas. Al girar su cabeza observó de nuevo las estrellas y la luna en el cielo oscuro. Pero esta vez tomó la decisión de levantarse de todas maneras, producto del hambre feroz que sentía. Se dirigió al refrigerador.

Llegó en pijama, despeinado y restregándose los ojos.

—¡Menos mal que te levantaste!  
—le gritó el abuelo—. Ya íbamos a empezar a almorzar sin ti.

Dante no lo podía creer. Ante sus ojos estaba la mesa servida con un succulento almuerzo y sus abuelos y Ricky sentados sonriendo.

—¿Qué hora es? —atinó a preguntar.

—Más de las dos de la tarde —respondió la abuela.

El joven, sin entender, corrió a su habitación. En la ventana aún estaba la noche, las estrellas y la luna. Volvió al comedor, donde su familia se reía a carcajadas. Una vez más, había sido víctima de una broma de Ricky. El muchacho selló la ventana de su primo para que no entrara la luz del día y por dentro dibujó la noche que siempre contempló Dante. Por supuesto, el joven se molestó mucho. Por la gracia aquella no pudo codearse con Caszely en el partido de fútbol.

Pero el enojo de Dante duró muy poco. Después del almuerzo, ya ni recordaba la historia.

Más tarde, él y su primo decidieron dar una vuelta a caballo por la parcela. Y, mientras trotaban a paso lento, Ricky confesó las actividades que había realizado durante esa mañana.

—Aproveché tu sueño para visitar, en tu bicicleta, a los vecinos perjudicados por el asesino.

—Eso no se hace, primo. Yo tenía que haber ido contigo.

—No hacía falta. Para qué despertarte si estabas tan cansado.

—Bueno, ya eso lo hablamos. ¿Y para qué fuiste? —quiso saber Dante, mientras acariciaba el lomo de su caballo.

—Quería saber si escucharon algún ruido o notaron algo raro cuando ocurrieron los hechos.

—¿Y qué averiguaste?

—Todo. No te lo puedes imaginar. ¡Ya sé quién es el asesino!

—¿De verdad! ¡Y cómo no me lo habías dicho! —saltó Dante, que casi se cae del caballo.

—Pues el asesino es... ¡Ramón, el empleado de Caszely!

—¿Cómo!

—Lo que oyes. Lo pillé con las manos en la masa. ¡Estaba matando un pollo!

—¿No lo puedo creer! ¿En serio? ¿Y llamaste a los carabineros?

—No.

—¿Entonces voy para allá ahora

mismo! —gritó Dante, pinchando a su caballo y comenzando el galope.

—¡No! ¡Espérate, Dante! ¡Es mentira mía! —vociferó el niño para que su primo lo escuchara— ¡Estaba matando un pollo para el almuerzo!

El joven paró en seco su carrera y regresó al trote, con cara de pocos amigos.

—Disculpa —suplicó Ricky—. Era una broma. No te pongas así...

Dante continuó el paseo sin hablar por un rato. A punto de terminar el recorrido y llegar de nuevo a las caballerizas, rompió el silencio que tan bien había respetado Ricky, aprovechando para pensar y deducir cosas.

—¿En verdad, qué averiguaste esta mañana?

—Algo muy importante, primo —contestó Ricky seriamente, acomodándose en su montura—. Mira, tanto Edmundo Sovino como Ramón, Vladimir y Laly, escucharon esa noche el sonido de un motor potente, como de camión o camioneta.

—¿Eso nada más?

—¿Y quieres más? Ese es un dato muy importante. Dime, ¿quién tiene ese tipo de vehículos por aquí? Así podemos ir reduciendo los sospechosos.

—Pues te diré que eso no sirve de nada, porque todo el mundo por aquí posee, como mínimo, una camioneta. Recuerda que en el campo, es el tipo de vehículo más idóneo. Imagínate, ¡hasta nuestro camino de La Esperanza no está pavimentado!

La decepción de Ricky fue evidente. Él tenía puestas muchas ilusiones en esa pista. Ahora, volvía a estar como antes de su paseo mañanero.

—Pero no te pongas así. Bastante hemos avanzado en la investigación.

—¡Bastante! —exclamó el niño—. ¡Si sólo tenemos la pista de las huellas de zapatillas deportivas, que encontramos donde los Sovino y en el gallinero de Vladimir y Laly!

—¡Eh! ¡Pero eso último no me lo habías contado!

—Disculpa, primo. Se me olvidó decírtelo.

—¿Y son las mismas huellas?

—Sí —respondió el muchacho.

—Bueno, eso tampoco nos dice mucho —comentó Dante, deteniéndose porque ya habían llegado—. Es como la pista de las camionetas. Puede ser cualquiera. Es lógico que una persona, al cometer un crimen de

ese tipo, use ese tipo de calzado, para no hacer ruido, ¿no?

—Es verdad. Pero te digo una cosa: esas huellas tienen una característica especial y no me acabo de dar cuenta qué es...

—¡Pero cambia la cara, Ricky! Mira, se me ocurre una idea: si la montaña no me cae encima, yo me subo a la montaña...

—No, Dante. El refrán dice: «si la montaña no viene a mí, yo voy a la montaña».

—Eso mismo. ¿Qué te parece si esta madrugada nos vamos a vigilar por ahí, a ver si sorprendemos al asesino?

—¡Excelente idea, primo! —se entusiasmó Ricky—. ¡Podemos ir a la parcela de alguien que no haya perdido algún animal todavía!

—¡Claro! La de los Sawiki, por ejemplo.

—¡Exacto! Además, ellos están en la lista de los que no le han querido vender sus tierras a Villarroel.

—Oye, espérate. Ahora que lo pienso, no debemos movernos de la casa —se quedó muy serio Dante—. A nosotros tampoco nos han matado animales, y Villarroel también nos quiso comprar la parcela.

—¡Pero el asesino no vendrá por

aquí, porque ya todos saben que estamos investigando! ¡No te das cuenta!

—¡Es verdad! ¡Él no es tonto como para meterse en las mismas patas de los caballos!

—¡Pues tenemos aventuras esta noche! ¡Yeeaaaah!

Y el niño pinchó su caballo, haciéndolo galopar por todo el predio, con gritos de alegría.

Según lo acordado, a medianoche, cuando los abuelos ya dormían, Dante y Ricky salieron sigilosamente de la casa, cuidando de no hacer ruido cuando sacaran la bicicleta. Iban convenientemente abrigados para pasar toda la madrugada, si fuera preciso, con ropas oscuras para poder ocultarse, las caras tiznadas con corcho quemado y armados con sendas linternas. Por si les daba hambre, Dante se encargó de preparar unos panes con jamón, queso y mayonesa para llevar, y un termo repleto de leche con chocolate, todo lo cual acomodó en la mochila, que se colocó en sus anchas espaldas.

El atlético cartero y ex guardia de seguridad tenía que pedalear bastante y durante un buen rato, ya que la parcela de los Sawiki era la más alejada de la suya, pero sabía que no le iba a ser difícil. Confiaba en sus fuerzas.

De repente, el joven se detuvo.

—¿Qué pasa, Dante?

—Creo que viene alguien. Sentí un motor a lo lejos —respondió el joven, mirando hacia atrás y escudriñando la noche con algo de niebla, que caía sobre el camino—. Sí... y ya veo el resplandor de las luces. ¡Escondámonos!

Dante corrió con la mochila hacia un espacio entre un plátano oriental y unos matorrales que cubrían una cerca y Ricky llevó hasta allí la bicicleta. Se agazaparon y esperaron.

Instantes después, una camioneta pasó a mucha velocidad frente a ellos.

—¿Viste quién iba manejando? —preguntó Ricky, al pasar un tiempo prudente para seguir en camino.

—No —contestó Dante, subiéndose en la bici—. Pasó muy rápido.

—¿Y reconociste la camioneta?

—Tampoco.

—¡Qué lástima! —comentó el niño—.

Quizás por ahí pasó el asesino. Quizás ahora esté llegando al lugar, donde tiene planeado otro crimen. Quizás...

—¡Cállate, Ricky! ¡Y apurémonos!

Cuando llegaron, buscaron unos arbustos, lo más cerca posible del corral donde estaban los animales de la familia Sawiki, para poder ocultar la bicicleta y ubicarse

ellos, a fin de llevar adelante el trazado plan de vigilancia.

Transcurrió un buen rato sin que se produjera ningún movimiento anormal. Sólo oscuridad y silencio, que era roto de vez en cuando por el canto de un gallo, el graznido de un pavo, el balido de un carnero o el mugido de una vaca.

—¡Esa es Ubregorda! —dijo Dante, la primera vez que escucharon mugir.

—¿Ubregorda? —inquirió Ricky.

—Sí, así se llama la vaca de los Sawiki, porque da mucha leche —explicó su primo.

Ya estaban por creer que habían perdido el tiempo y pasado una mala noche por nada, cuando de repente un rayo de luz se filtró entre la espesura de los matorrales.

—¿Eso qué es? —Ricky alertó a su primo.

—¡Parece la luz de una linterna! —murmuró Dante.

Hicieron silencio y se agazaparon lo más que pudieron, para no ser vistos. Entonces, distinguieron con claridad el haz de luz de una linterna y una sombra, que se aproximaba directamente al lugar donde se ocultaban, para pasar unos segundos después casi junto a ellos.

—¿Lo reconociste? —le preguntó Ricky a su primo en un susurro.

—No, está muy oscuro —respondió Dante en el mismo tono.

—¡Mira, va directo hacia el corral! —se alarmó el muchacho.

—¡Ese tiene que ser el asesino de animales, Ricky! —expresó Dante muy excitado.

—¡Vamos entonces a atraparlo! —gritó su primo y se puso de pie muy decidido.

Ambos salieron de su escondite y fueron hacia el corral, donde ya había encontrado la sombra.

—¡Te pillamos, asesino de animales! —gritó Dante y se abalanzó sobre él.

El desconocido visitante nocturno comenzó a defenderse. Y, demostrando poseer una fuerza respetable, se soltó de los brazos de Dante. Este, algo sorprendido, perdió un segundo en la lucha, que aprovechó el hombre para salir corriendo. Dante lo persiguió unos metros a campo traviesa. Y dando un salto hacia delante, cual portero de fútbol, atrapó al fugitivo por las piernas. Ambos cayeron sobre el pasto, pero Dante fue más rápido en incorporarse. Eso le dio la ventaja necesaria para lanzarle dos patadas





con la pierna derecha, que dieron en pleno pecho del hombre. Y, a pesar de su fuerza, el hombre se tambaleó un poco. Entonces, Dante comenzó a girar a su alrededor, dando saltillos y mostrando posiciones clásicas de Kung-Fu. El hombre esperó su momento y cuando pensó que lo tenía medido, lanzó un puñetazo en dirección al rostro de Dante, con tal fuerza y velocidad que Ricky se asustó. Pero su primo, con un movimiento felino, lo esquivó y aprovechó el desequilibrio del sujeto para —con su puño cerrado y el brazo en desplazamiento torcido— dar un golpe seco en un punto del torso de su oponente, que le hizo gritar de dolor. Acto seguido, Dante realizó un salto casi en posición horizontal para asir entre sus piernas el cuello del aturdido hombre, como parte de una llave de inmovilización.

Cuando nuestro héroe ya lo tuvo controlado en el suelo, le gritó a su primo:

—¡Ricky, alúmbrale la cara para ver quién es!

Todavía impresionado por la destreza de Dante, el muchacho obedeció. Se acercó con su linterna y enfocó el haz de luz hacia el rostro del casi seguro asesino de animales.

—¡Pedro Carrillo! —exclamaron los dos primos a coro.

—¡Abra, don Roberto! ¡Señora Estela! —gritaba Ricky.

Casi a rastras e inmovilizado, Dante había llevado a Pedro hasta la puerta de los Sawiki, que ahora Ricky trataba de despertar. Poco después, se encendió una luz en la casa y se abrió la puerta.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido? —preguntó alarmado el alto y flaco Roberto, mientras su pequeña esposa, Estela, asomaba su cabeza por detrás, colgaba de su brazo.

—¡Agarramos al asesino de animales! —les informó Dante sofocado—. ¡Hay que llamar a los carabineros!

—¿Y estaba aquí, en nuestros terrenos? —preguntó la asustada mujer, sin soltar a su marido.

—Sí, señora Estela —respondió Ricky—. Lo pillamos cuando iba matar a su vaca.

—¡Déjenme ver quién es ese desgraciado! —ordenó don Roberto, acercándose a Dante y a su prisionero, casi arrastrando a su mujer, que no le soltaba el brazo.

Ricky alumbró con su linterna el rostro de Carrillo, para que los Sawiki lo vieran. Incluso, Dante aflojó un poco su presión, para echarse a un lado y producir una mejor visibilidad a los dueños de casa.

—¡Pedrito! —gritaron al unísono los esposos.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó don Roberto—. ¡Él no puede ser!

—Pues él mismo es —aseguró Dante—. Lo vimos caminar sigilosamente hacia Ubregorda.

—¡Pero si esa vaca es de él! —aclaró la señora Estela.

—¿Cómo? —ahora fueron los primos los que saltaron a coro.

—Sí, muchachos —terció don Roberto—. Cuando Pedro se estresó, nos la dio para que la cuidásemos mientras él se recuperaba.

—Y sabemos que él viene muchas noches a «conversar» con «su vaquita», como él dice —continuó Estela—. Es su forma de terapia y dice que le hace bien...

Después de pedirle perdón a Pedro por la golpiza y de disculparse con los Sawiki por despertarlos, Dante y Ricky salieron con su bicicleta al camino de La Esperanza cabizbajos, avergonzados y en silencio.

Medio kilómetro fue suficiente para que Dante iniciara el diálogo.

—Ya no sé qué pensar. Esto es mucho más difícil de lo que imaginé.

—¿Cómo lo habías imaginado, primo?

—Sin pasar tantos apuros, tantas vergüenzas...

—Mira, Dante, estas equivocaciones pasan en este tipo de trabajo. Pero, después se olvidan.

—Se olvidan si descubrimos al asesino, si no...

—¡Y lo vamos a descubrir! —afirmó Ricky con decisión—. Ahora sólo tenemos que concentrarnos en lo que tenemos.

—¿Y qué tenemos?

—La pista de las huellas de las zapatillas.

—Pues mira, yo creo que debemos ir pensando en la posibilidad del Chupacabras...

—¡Qué! —saltó el niño—. ¿Otra vez con eso, Dante?

—Sí, no puedes cerrarte a la posibilidad... ¡Espérate! ¡Escuché algo, Ricky!

—¿Qué cosa? —se alarmó el niño.

—¡Otra vez el ruido del motor! ¡Vamos! ¡A esconderse de nuevo...!

Volvieron a buscar un espacio bien oscuro entre los matorrales de la cerca, que limita las parcelas del camino. Pero, en esta ocasión los acompañó la suerte. Pudieron reconocer al chofer de aquella extraña camioneta, que a esas horas de la madrugada recorría La Esperanza.

—¿Lo viste? —preguntó, para asegurarse, Ricky.

—¡Jesús, María y José! —contestó perplejo Dante—. ¡Era Fernando Villarroel!

Como cada domingo, la familia Fuenzalida acostumbraba «dormir la mañana», lo cual significaba levantarse un poquitín más tarde que los demás días de la semana. Lógicamente, este hábito favoreció a Ricky y a Dante, luego de la madrugada tan agitada que habían tenido.

A eso de las diez de la mañana, toda la familia se reunió en torno a la mesa para el desayuno y la abuela notó que el joven y el muchacho no hacían más que bostezar:

—¡Eh! ¿Qué les pasa a ustedes? ¿No durmieron bien?

—Es... es que hacía calor, abuela —trató de justificarse Ricky.

—¡Cómo no vas a sentir calor con esa camiseta de nylon que no te quitas ni para dormir! —exclamó el abuelo, al fijarse que Ricky llevaba puesta una vez más la blanquiazul camiseta, con el número 5 y la

inscripción de Jason Kidd en su espalda.

—Sí, me la quito, abuelo. Yo tengo tres camisetas iguales. Pero, tienes razón, este tejido es caluroso —asintió el muchacho, sobre todo para no contradecirlo en ese momento.

—En mi tiempo, las camisetas deportivas se hacían de tejidos más frescos, como el algodón —comentó el viejo.

—¿Usted también jugó baloncesto, abuelo?

—¡No! Bueno, lo jugué, pero era muy malo. Lo que sí, fui un fanático de todas las competencias. Cuando terminemos de desayunar, te voy a mostrar algunas fotos y recortes de revistas que yo coleccionaba.

—¡Pero si tú eres igual en todo a tu abuelo, Ricardito! Las bromas, el juego ese... ¡Y ya! Dejen esa charla para después y ahora coman, que se les va a enfriar el desayuno —los retó la abuela con su sonrisa de siempre.

Cuando terminaron, después de que todos ayudaron a la abuela a recoger la mesa, el abuelo les hizo señas a Ricky y a Dante para que lo acompañaran a su habitación, con el fin de mostrarles las prometidas fotos y recortes de prensa de su colección.

Ya en la alcoba, Ricky decidió plantearle al viejo la sospecha que Dante y él

tenían de que Villarroel fuera el asesino de los animales en Pirque.

—¿Ustedes tienen pruebas de eso? —se inquietó el abuelo y los miró muy serio.

—Pruebas, lo que se dice pruebas concluyentes, no las tenemos... Pero, ¿qué hacía Villarroel en su camioneta de aquí para allá, durante la madrugada?

—¿Y ustedes cómo saben eso? —los miró con suspicacia.

—Fui yo quien me enteré —intervino Dante oportunamente. Y justificó— usted sabe, abuelo, en mi trabajo de repartir cartas hablo con muchas personas y algunos me cuentan... ¿Usted comprende?

—Sí, creo comprender —dijo el viejo no muy convencido con la explicación. Para enseguida agregar reticente—. ¿Y dónde te dijeron que vieron a Villarroel en su camioneta de madrugada?

Ricky cambió una rápida mirada de complicidad con su primo y éste se apresuró a responder:

—Dicen que lo vieron pasar dos veces frente a la parcela de los Sawiki.

—No les digo que Villarroel no pueda ser el culpable de las muertes de los animales —sonrió el viejo—, pero que lo

hayan visto en ese camino no es ninguna prueba de que lo sea, porque él transita muy a menudo de madrugada por allí.

—¿Usted lo sabía, abuelo? —Ricky se sorprendió.

—Sí, he escuchado comentarios —volvió a sonreír.

—¿Comentarios? —Dante puso cara de no entender—. ¿Qué tipo de comentarios?

—Miren, muchachos, estas son cosas de personas mayores que no les interesan a ustedes, pero dado el caso de que Villarroel es uno de los sospechosos de estar matando a los animales, se los voy a decir.

—¡Suéltelo, abuelo! —lo apremió su nieto más joven.

—Lo que sucede es que Villarroel es novio de Graciela, una viuda que tiene su parcela un poco más allá de donde viven los Sawiki.

—¿Y tiene que visitarla de madrugada? —exclamó Dante.

—Es que Mariela no está de acuerdo con esa nueva relación de su papá, porque no entiende que con sólo un año y medio de haber fallecido su madre, él ya tenga novia. Por eso, para no lastimar a su hija y para tratar de evitar comentarios, que en definitiva

son inevitables, el viudo visita a su viuda a esas horas tan inusuales. ¿Comprenden ahora?

—¡Y nosotros que creíamos haberlo descubierto!

—Sí, lo descubrieron, pero en algo que no tiene nada que ver con lo que ustedes creían —volvió a sonreír el abuelo, esta vez con un brillo de picardía en sus ojos y se inclinó para abrir un cajón de la cómoda y extraer un archivador, que puso sobre la cama—. Aquí están las fotos y los recortes de revistas que les decía.

—Sí, los uniformes se ven más frescos —admitió Ricky—, pero los diseños son horribles, abuelo.

—Bueno, en esos tiempos la NBA ni pensaba en existir. ¡Pero los implementos eran mucho más simples y cómodos que los de ahora! —se defendió el viejo—. Incluso, las zapatillas deportivas no eran tan sofisticadas ni tan pesadas como las de hoy, con esas suelas tan gordas que les ponen y esos dibujos tan complicados en sus plantas. Las de mi época eran más sencillas y las suelas nada más tenían un simple diseño cuadrículado o a rayas...

—¡Eso! —exclamó Ricky y su rostro se iluminó.

—¿Eso qué? —se extrañó el abuelo por la repentina reacción.

—¡Eso, abuelo, eso! ¡Las zapatillas!

—¿Las zapatillas? ¿De qué hablas, primo? —tampoco Dante entendía.

—¡Estoy a punto de descubrir al criminal!

—¿Estás seguro?

—Luego lo vamos a comprobar. ¿Tienes por ahí el teléfono del doctor Contreras?

—¿El teléfono del veterinario? —cada vez Dante entendía menos—. ¿Para qué lo vas a llamar?

—Porque nos debe una práctica de baloncesto y creo que hoy es un buen día para hacerla!

—Ahora sí te volviste loco —movió Dante la cabeza de un lado a otro—. ¡Así que dices estar a punto de saber quién es el asesino de animales y en vez de ir a agarrarlo, lo que se te ocurre es jugar al baloncesto!

—Yo tampoco entiendo nada —confesó el abuelo.

—No se preocupen, ya falta poco para que todo quede bien claro —dijo Ricky, y marcó el número que su primo acababa de darle.

Aguardó unos segundos con el teléfono pegado a la oreja y cuando le respondieron del otro lado, dijo:

—¿Doctor Contreras? Soy yo, Ricky Fuenzalida... Sí, estaba pensando que hoy domingo es un buen día para hacer esa práctica de baloncesto que teníamos pendiente... ¿Cómo dice? —su expresión fue de estupor—. ¡Sí, sí, ya mi primo y yo salimos para allá!

—¿Qué pasó? —lo apremió Dante.

Ricky colgó el auricular y se volvió hacia su primo y su abuelo con cara de estar muy consternado:

—¡Dice el doctor Contreras que le mataron a Shogún, su mastín napolitano!

Antes de salir hacia la parcela del veterinario, Ricky conversó un momento aparte con su abuelo y le dio instrucciones que el viejo recibió con preocupación. Pero, sabiendo que con Dante estaría muy bien protegido, se apresuró a cumplir el pedido de Ricky. Y eso hizo en cuanto sus nietos partieron en la bicicleta, conducida por el fornido ex guardia de seguridad.

Un rato después, ambos arribaban a la propiedad de Contreras y eran recibidos por éste, mientras se jalaba el mechón de pelo varias veces seguidas, acompañando el movimiento con un intenso pestañeo:

—¡Oh, qué desgracia! —gimió.

—¿Cuándo se dio cuenta de que Shogún estaba muerto, doctor? —le preguntó Ricky.

—Esta mañana muy temprano —explicó—. Yo todas las noches lo soltaba

en el patio, para que cuidara la propiedad. Y por las mañanas, muy temprano, pues yo me levanto antes de que salga el sol, lo primero que hacía era buscarlo y encerrarlo en un cuarto que le tenía destinado, para que no fuera a agredir a algún visitante.

—¿Y qué pasó esta mañana?

—Cuando salí a buscar a mi mastín, lo encontré muerto ahí —señaló, alternando su conocida mueca, que consistía en abrir bien los ojos, mirar hacia arriba y alargar la boca en forma de «o» hacia abajo, con marcados y sentidos pucheros— ...frente a la puerta de entrada.

—¿Dice usted que lo mataron? —ahora fue Dante quien preguntó—. ¿Tiene alguna idea de quién lo pudo hacer?

Contreras comenzó entonces a girar su cabeza a favor de las manecillas del reloj, mientras se tiraba intermitentemente la oreja hacia abajo. Cuando terminó, después de casi medio minuto de tic, pudo contestar:

—¿Quién iba a ser? ¡Ese desgraciado asesino de animales, que anda suelto por aquí!

—¿Por qué piensa que haya sido él? —volvió Dante a la carga.

—¡Porque le chuparon la sangre a mi pobre Shogún, como lo hicieron con los otros animales que han aparecido muertos!

—¿Dónde está el perro? —interrogó Ricky—. ¿Qué hizo con él?

—Lo enterré en cuanto encontré su cuerpo desangrado. No quería que las aves de rapiña lo fueran a picotear.

—Es una verdadera pena, doctor... —le dijo Ricky, quien de inmediato exclamó—: ¡Pero ánimo, vamos a tirar unos balones al cesto y usted verá cómo se siente mejor!

—No sé si tenga deseos... —dijo el veterinario, con expresión y tono compungido, al tiempo que realizaba sus pucheros, intercambiando el ademán de pasarse su mano derecha por toda la cara.

—¡Vamos, doctor, hágame caso, traiga ese balón y coloquemos el cesto, para que usted vea cómo se anima!

—No, si el cesto ya lo había puesto desde ayer en aquel poste —señaló con su dedo y los primos vieron que, en efecto, ya Contreras tenía situado convenientemente el aro en un poste del patio.

—¡Entonces traiga ese balón ya! —le dijo Dante.



—Está bien —respondió el veterinario convencido—, vengan y siéntense en el living mientras yo me cambio para la práctica.

Contreras desapareció en el interior de la casa. Ricky aprovechó para observar con detenimiento las fotografías de baloncestistas de otras épocas que, junto al poster de Magic Johnson, estaban colgadas en una de las paredes del living del veterinario. Sobre todo, el inteligente muchacho se fijó en sus uniformes y, muy especialmente, en las zapatillas que usaba.

—Ya estoy listo, a ver si se me pasa la tristeza de haber perdido a Shogún —lo sorprendió la voz de Contreras, que ya reaparecía con la pelota, vistiendo un uniforme de jugador de baloncesto, similar al de los jugadores que aparecían en las fotos.

Pero Ricky no se fijó en el uniforme, sino que bajó sus ojos hasta las zapatillas, que el maniático individuo llevaba en sus pies.

—¡Toma! —y el hombre le lanzó la pelota, que Ricky capturó con facilidad.

Entonces el niño clavó sus ojos en los del veterinario y le dijo con firmeza:

—¡No disimule más, doctor Contreras! ¡Fue usted quien mató a los animales y seguramente a su propio perro!



—¿De qué hablas muchacho? —el hombre abrió desmesuradamente los ojos, miró hacia arriba, y bajó su boca en forma de «o». Acto seguido se pasó la mano por la cara, se tiró la nariz, la oreja, giró su cabeza y sacó varias veces la lengua hacia arriba, como tratando de tocar con ella su nariz.

—¡Jesús, María y José! ¿Tú estás seguro de esto, Ricky? —habló Dante, más que sorprendido.

—¡Usted es el criminal! —repitió el muchacho con convicción.

—¿Qué pruebas tienes para acusarme de esa manera, chiquillo atrevido? —lo desafió.

—¡Esas zapatillas que tiene usted puestas ahora, señor! ¡Las marcas de sus suelas fueron las que aparecieron en varios de los escenarios de los crímenes!

—¡Esto te va a costar caro, entrometido! —dijo Contreras, en tono amenazador, con los dientes apretados, el rostro descompuesto y una fiera mirada en sus ojos.

—¡No se atreva a tocar a mi primo! —le advirtió Dante y dio un paso, para situarse delante de Ricky y protegerlo con su cuerpo.

Pero lo que hizo el veterinario fue

correr hacia el interior de la casa, abrir una puerta y echarse a un lado para darle paso a una imponente sombra negra que emergió enseñando sus pavorosos colmillos y echando espuma por la boca, al tiempo que ordenaba:

—¡Ataca, Shogún!

—¡Dios mío, el mastín no estaba muerto! —exclamó Ricky aterrado, y se puso muy pálido.

—¡Ponte detrás de mí! —le ordenó Dante y avanzó con decisión—. ¡Acuérdate que yo pasé un entrenamiento para guardia de seguridad y entre las cosas que aprendí, está la forma de manejar a estos perros!

—¡Ten mucho cuidado, primo, que es una fiera! —dijo Ricky, muerto de miedo.

Pero Dante ya avanzaba sobre el perro y con su fuerte vozarrón y tono autoritario le gritó al animal:

—¡Quieto!

El mastín napolitano pareció sorprendido, se detuvo, vaciló y, ante las miradas atónitas de Ricky y del propio doctor Contreras, se echó en el piso con sus dos patas delanteras hacia el frente, mirando a Dante con una expresión sumisa y moviendo su cola suavemente.

—¡Ataca! —insistió Contreras.

Entonces, el perro se incorporó con rapidez, enseñó sus potentes colmillos e hizo un movimiento como para tomar impulso y saltar sobre el joven.

—¡Quieto! —volvió a ordenarle Dante con energía.

El animal detuvo su impulso y se echó de nuevo, en la misma posición anterior.

—¡Ataca! —reiteró Contreras.

Shogún repitió la acción de saltarle encima al joven.

—¡Quieto! —repitió Dante.

—¡Ataca! —lo siguió Contreras.

—¡Quieto!

—¡Ataca!

Ante cada orden, el pobre Shogún obedecía en el acto. Así estuvo, echándose y levantándose como un juguete o un muñeco a pilas, al menos unas ocho veces. De repente, soltó un ladrido lastimoso, abrió enormemente sus ojos, miró hacia arriba, alargó su boca en forma de «o», paró y bajó varias veces sus orejas y se pasó una pata por el hocico. Después, gimiendo, corrió con el rabo entre las piernas a esconderse en un rincón.

Al ver que con el perro no había conseguido los resultados que esperaba, el veterinario le dio un empujón a Dante, que

miraba sorprendido la reacción del animal. El empujón hizo que tropezara con el espaldar del sofá y Dante cayó de cabeza hacia atrás. Pero enseguida se incorporó y fue tras el veterinario, que corría hacia el exterior de la casa.

Ricky, sin soltar la pelota lo siguió, aunque le fue imposible alcanzar a su primo, que como una bala perseguía a Contreras. Éste llegó hasta el patio del fondo y, en un movimiento inesperado, dio la vuelta a un enorme roble y se paró frente a Dante, como desafiándolo. El joven continuó su frenética carrera, sin fijarse en el extraño césped que pisaba. Al hacerlo, una amplia red camuflada surgió del suelo y envolvió a Dante, colgándolo de una gruesa rama del árbol.

Entonces el veterinario, con una sonrisa malévolamente, comenzó a buscar entre las yerbas algún objeto contundente. Encontró otra rama seca, dura y alargada con la que amenazó a la víctima.

Ricky, que había visto angustiada toda la escena a unos doce metros, supo que tenía que actuar urgentemente si quería salvar a su primo. Tomó una decisión. Junto sus pies, midió la distancia e, imitando a su ídolo, Jason Kidd cuando lanza un tiro libre, besó la palma de su mano derecha, llevó sus

brazos por encima de su cabeza y lanzó la pelota con todas sus fuerzas. Sabía que no podía darse el lujo de fallar. Pero no sólo eso, para vencer al hombre debía hacer algo más. Y lo intentó. Esperó que la pelota descendiera en su recorrido y gritó con toda su garganta:

—¡Contreras!

El veterinario, a punto de golpear a Dante, escuchó el grito y giró su cabeza hacia Ricky. Era el momento preciso. La pelota cayó con todo su peso sobre la fracturada nariz del asesino. Fue tan violento el impacto y tanto el dolor que sintió el veterinario, que perdió el conocimiento.

—¡Amo este juego! ¡Amo este juego!  
—vociferó Ricky, saltando de alegría.

En ese instante dos autos patrullas y un furgón llegaban a la parcela.

—¿Qué hacen los carabineros aquí?  
—se sorprendió Dante desde su cautiverio.

—Yo le dije a mi abuelo que los llamara para que vinieran a la parcela del doctor Contreras lo antes posible.

—¡Así que también previste eso! —se alegró el joven—. ¡De verdad que somos los mejores!

—Sí —concluyó el niño con una sonrisa—. Somos el mejor equipo.

Ya de noche, un auto de Carabineros trajo a nuestros héroes hasta la casa de sus abuelos. Mucho tiempo estuvieron en la comisaría, entre las confesiones del veterinario y el relato que hicieron ellos de su investigación.

El recibimiento fue una cerrada ovación que le tributaron los vecinos de La Esperanza. Allí estaban todos, porque al escuchar las sirenas de los patrulleros comenzaron a llamar por teléfono al abuelo para enterarse. Así, de improviso, fueron llegando y, durante la larga espera, decidieron hacer un asado, para celebrar la captura del hombre que los había hecho sufrir con las muertes de sus queridos animales.

Enseguida, el orgulloso abuelo y su esposa prepararon el quincho, situado a un costado de la piscina y los demás trajeron carnes, embutidos, ensaladas, empanadas, vino, jugos y hielo.

En cuanto los primos llegaron fueron rodeados por todos, ansiosos y llenos de curiosidad por enterarse de lo ocurrido hasta los mínimos detalles.

Dante, satisfecho por el éxito, tomó la palabra y contó la historia hasta la llegada de los carabineros.

—...después revisamos toda la casa, la cerramos y nos fuimos para la comisaría.

—¡Es increíble! —exclamó Edmundo Sovino—. ¿Quién iba a pensar que un hombre como Contreras fuera capaz de hacer una cosa así?

—¡Y siendo médico veterinario, nada menos! —lo secundó Nena, su esposa.

—Yo recuerdo que una vez desparasité a mis perros —dijo Daniel, el mayor de los hijos de ellos.

—Yo también —añadió Cristóbal, el menor.

—Es que ustedes no saben nada —aclaró Dante—. En la comisaría se descubrieron muchas cosas. Miren, Contreras era hijo de un jornalero del sur; después se volvió loco; más tarde se escapó del Hospital Psiquiátrico y se hizo pasar por veterinario en Temuco. Cuando estaban a punto de capturarlo, huyó y se vino a Santiago. Así, en

poco tiempo, arrendó esa parcela y se convirtió de nuevo en falso veterinario.

—¡Dios mío! —saltó la vieja Filomena—. ¿Y hemos tenido de vecino a un loco peligroso tanto tiempo?

—Así es, señora —le respondió Dante.

—¡Pero lo que no entiendo es por qué ese demente mataba los animales! —preguntó Pedro Carrillo, con su cuello enyesado por culpa de la llave inmovilizadora de Dante.

—¡Sí! ¿Cuál era el motivo? —lo apoyó el larguirucho Roberto Sawiki, mientras Estela, su pequeña esposa, asentía con su cabeza agarrada de su brazo.

—Ese es el punto más importante —dijo Ricky, incorporándose al debate—. Sólo se puede deducir que su móvil era causa de su locura.

—¿Por qué? —quiso saber Caszely, muy interesado.

—Porque según su declaración, él había capturado un cachorrito de Chupacabras...

—Con la red que me atrapó a mí —interrumpió Dante, graficando con sus manos cómo quedó envuelto en ella.

—Y comenzó a criarlo en un pequeño sótano que tiene la casa —continuó

Ricky— como ustedes saben, la leyenda del Chupacabras dice que esos bichos sólo se alimentan con sangre de animales.

—¡Ah, por eso mataba a nuestros animalitos! —entendió Laly— ¡Para llevarle la sangre!

—¿Pero lo que no comprendo es por qué cada vez usó una forma diferente para matarlos? —se cuestionó Vladimir.

—Dice él —explicó Ricky—, que la primera vez, con los perros de los Sovino, usó un trozo de carne, porque no sabía bien qué les gustaba. Después, cuando vio que era sólo sangre, le hizo un tajo a Ancamán, el pavo real de Caszely. Pero al ver que desperdiciaba mucha sangre, utilizó una jeringuilla para extraerla...

—¿Y cómo dejó dos hoyitos en nuestras gallinas? —interrumpió Vicente, el hijo de Vladimir y Laly.

—Porque, según él, se fue perfeccionando y fabricó una jeringa con dos agujas para ganar tiempo —le respondió Dante, pasándole la mano por la cabeza al chiquillo.

—Bueno y la pregunta del millón: ¿dónde está ese Chupacabras? —habló por primera vez Fernando Villarroel, mirando de reojo a la viuda Graciela, que siempre se las

ingeniaba para estar muy separada de él.

—Ese es otro punto, que afirma nuestra teoría de que todo es producto de su mente perturbada —le contestó Dante, modificando el tono de su voz y escogiendo las palabras, para darse un poco de importancia.

—Sí —intervino Ricky—. Creemos que él imaginó que poseía un Chupacabras, porque no se encontró ninguna huella ni indicio de ese supuesto monstruo.

—Aunque él dice que huyó cuando no le llevó más comida, porque sabía que nosotros estábamos estrechando el cerco alrededor de él —concluyó Dante, pavoneándose.

—¡Bueno, se acabó el interrogatorio! ¡A comer y a divertirnos! —gritó el abuelo, convidando a sus vecinos a que pasaran hacia el quincho.

Comentando aún sobre el tema, todos se instalaron donde quisieron. La abuela y Filomena comenzaron a poner la mesa; el abuelo, Edmundo y Roberto, con su esposa enganchada por el brazo, se dirigieron a la parrilla a cocer debidamente la carne; Vladimir y Laly sacaron sus guitarras y empezaron a cantar. Sus melodías y preciosas voces animaron la fiesta.

En medio de todo, Marielita hizo

«casualmente» un aparte con Ricky, para decirle algo que hacía rato deseaba. Él, al darse cuenta de la proximidad de la niña, se turbó y las cosquillas se instalaron de nuevo en su estómago.

—Creo que me equivoqué, Ricky.

—¿En qué te equivocaste, Mariela? —le preguntó el niño después de aclararse la voz con unos carraspeos en su garganta.

—En decirte el otro día que tú no tenías músculos y que eras malo para el baloncesto.

—¿Y por qué cambiaste de idea?

—Porque, con lo que hiciste hoy, demostraste que eres muy valiente, muy inteligente y que juegas muy bien —dijo Mariela con coquetería—. Y estoy muy orgullosa de haberte conocido.

—¿En serio? —fue la única respuesta que se le ocurrió a Ricky.

Entonces la niña se le acercó y le plantó un beso en la mejilla, con desenvoltura. Ricky no sólo se sonrojó. Sus piernas temblaron y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Sin explicarse cómo, en un arranque imprevisto le dijo:

—¿Podemos ser algo más que amigos ahora?

—Claro que sí —aceptó Mariela, sin saber mucho tampoco sobre lo que aquello significaba.

Un rato más tarde, al descansar las voces de Vladimir y Laly, se volvió a retomar la conversación alrededor de los primos y la niña, que no se separó de Ricky en toda la noche.

—En mi opinión, fue muy raro todo lo que pasó —comentó Caszely.

—Sí —aprobó Villarroel—. Ahora yo me pregunto: ¿y si fuera verdad que el tipo criaba un Chupacabras?

—¡Por favor, don Fernando! —¡Los Chupacabras no existen!

—Yo sé que una mente enferma puede inventar cualquier cosa —terció Pedro Carrillo—. Pero en algo real se tiene que basar, ¿no?

—Es lo que yo digo —agregó Edmundo—. Además, ¿dónde metió tanta sangre? Dicen que en la casa no se encontró nada.

—¡Por favor, señores! —volvió a saltar Ricky—. Todo tiene su explicación. Ya se encontrará la verdad, pero no debe haber dudas de que el Chupacabras es sólo una leyenda. ¿No es así, primo?

—No sé, Ricky —dijo Dante, ante el asombro del niño por la respuesta de su primo, sabiendo lo loco que estaba Contreras.

— Aquel aullido que escuchamos en casa de Contreras pudo ser del Chupacabras y no de Shogún, su mastín, como nos hizo creer.

— ¡Pero esto es increíble! ¡Ahora todos me van a decir que el Chupacabras existe! —se indignó Ricky.

Todos enmudecieron. Algunos por miedo, otros razonando los pro y los contra de la teoría.

— ¡Sí, existe! ¡Porque yo lo vi! —dijo de pronto una voz, que salía de las sombras de atrás del quincho.

Melisa, acariciando su lagarto en brazos, se apareció sin que nadie notara su llegada. Muchos se asustaron. Y el abuelo, tratando de recuperar el tono festivo, exclamó:

— ¡Pongan otro asiento en la mesa! ¡Y a comer, que la carne está en su punto!

Pero nadie le hizo caso. Todos quedaron pendientes de la misteriosa visita.

— Yo lo vi —continuó la bruja—. Cuando escapaba de la casa de ese loco.

— ¡Y para dónde huyó? —quiso saber Vladimir.

— No se preocupen —afirmó Melisa—. Con lo que le hice nunca más volverá por aquí.

Ricky, que cada vez se molestaba más

con todo aquello, decidió acabar con esa ignorante teoría. Agarró a Mariela de la mano y corrió hacia la casa, mientras el grupo trataba de sacarle más información a Melisa.

Le dio instrucciones a la niña, que se quedó abajo. Él subió a su pieza, pero antes tomó un viejo megáfono del abuelo. Abrió la ventana y, usando el aparato dirigido al quincho, hizo la imitación de un terrible aullido. Esa fue la señal para que la niña cortara la corriente eléctrica de la parcela. Dejaron pasar un minuto y regresaron hacia el grupo.

El susto que pasaron los vecinos en ese interminable lapso fue tremendo. Entre la gritería de las mujeres y de los niños, unos se escondieron debajo de la larga mesa y otros detrás de lo que encontraban. Pero lo más destacado, en medio de la oscuridad y la histeria, fue el sonido de dos cuerpos cayendo a la piscina.

Cuando volvió la luz, todos fueron saliendo asustados de sus escondites. Sin embargo, el miedo se les pasó enseguida, en cuanto vieron a Melisa y a Dante abrazados, temblando de terror y de frío, con el agua de la piscina hasta el cuello. La carcajada de los presentes hizo despertar a todos los animales, que graznaron, maullaron, relincharon, ladra-



ron y caca earon a coro. Y eso provocó más hilaridad. Un rato después llegó la calma.

—¡Otra broma de mi primo! ¡Otra broma de mi primo! —repetía Dante, mientras le ayudaban a salir del agua y lo cubrían con una frazada.

Pero las risas y las bromas duraron poco. En un momento determinado, todos se callaron al mismo tiempo. Y en ese instante se pudo escuchar un lejano, pero nítido y espeluznante aullido.

Todos buscaron con la vista a Ricky para asegurarse de que no fue otra broma del chiquillo. Y éste estaba al lado de la parrilla, entre su abuelo y la niña, a la que sujetaba con fuerza de la mano.

—Ese debe ser el mastín de Contre-ras —balbuceó Mariela.

—¡Jesús María y José! ¡O el mismísimo Chupacabras! —dijo Dante, ante el silencio de los vecinos.

—Quizás este caso aún no esté cerrado —concluyó Ricky.

Una ráfaga de viento hizo temblar las hojas de los árboles. Y la silueta de una lechuza, volando en dirección a los ciertos, se dibujó en la claridad de la luna.



## PEPE PELAYO

---

Matanzas, Cuba, 1952. Reside en Chile desde hace más de una década. Estudió Ingeniería Civil en la Universidad de La Habana, profesión que ejerció por algunos años, para luego dedicarse a su vocación de escritor, actor y especialista en humor.

Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba y de la Asociación Internacional de Estudios del Humor.

Ha publicado varios libros, además de artículos, críticas y cuentos en diarios y revistas de Cuba y Chile.

En esta misma colección publicó *Cuentos de Ada* (2003) y *Ni un pelo de tonto* (2005). Es autor de *Pepito, el señor de los chistes* (2002) y *Pepito y sus librerías* (2004), ambos en la colección Mar de Libros, Santillana.

## Juan Manuel Betancourt (BETÁN)

---

Matanzas, Cuba, 1938. Es escritor, periodista y humorista. Guionista de historietas y programas de radio. Fundó en Cuba la revista humorística *Palante*, donde trabaja en la actualidad.

Ha publicado libros, además de cuentos y artículos en diarios y revistas de innumerables países.

Ha obtenido más de cuarenta premios nacionales y extranjeros en literatura policial y humorística, dibujo y fotografía.

# ÍNDICE

Kaiser y Sissi.....	7
Ricky.....	13
Barrabás.....	21
La fiera.....	27
Ancamán.....	31
Melisa.....	41
Macario.....	51
Mariela.....	57
Carrillo.....	65
Villarroel.....	73
Vladimir, Laly y Vicente.....	81
Contreras.....	87
Shogún.....	95
A caballo.....	101
Ubregorda.....	109
Los Sawiki.....	115
Graciela.....	119
El asesino.....	127
El Chupacabras.....	137
Biografía de los autores.....	148